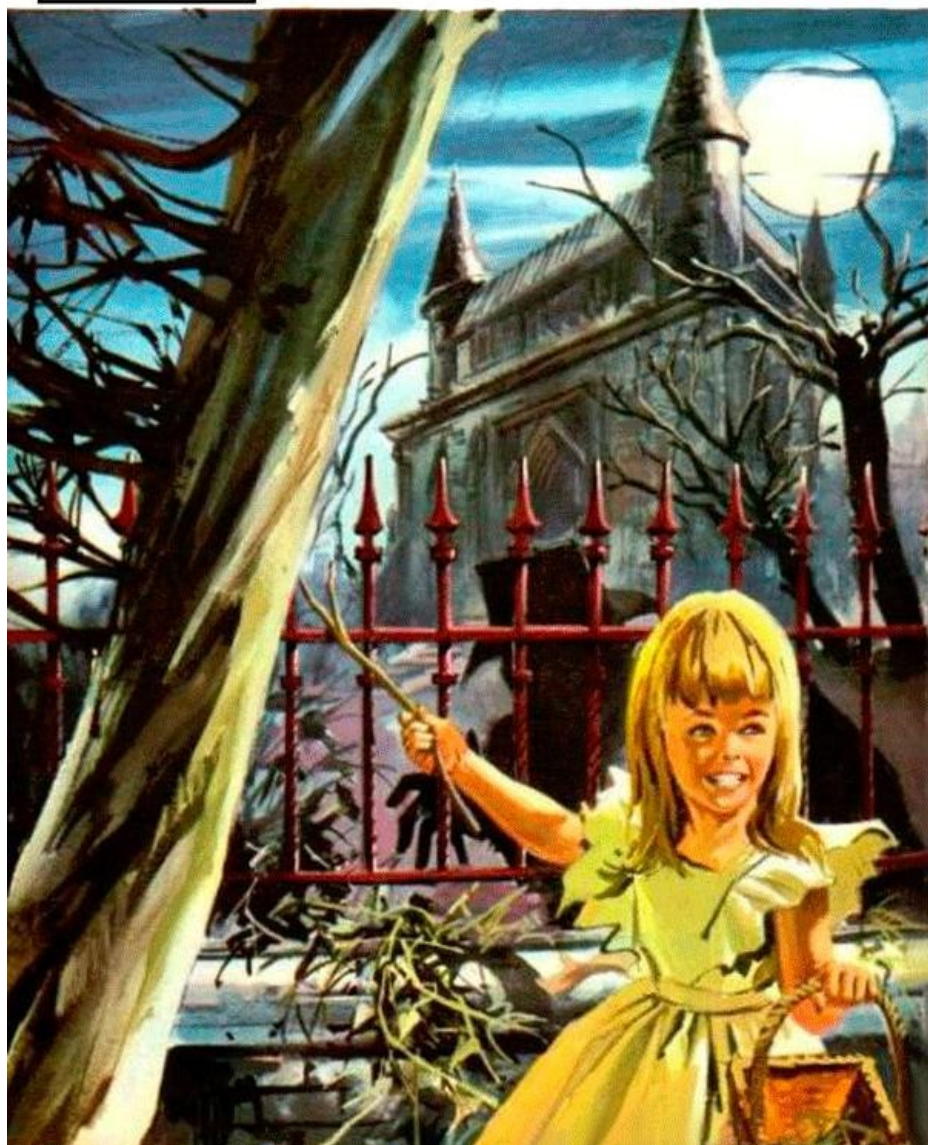




el cadáver nos espera

silver kane



COLECCION

PUNTO ROJO



SILVER KANE

EL CADAVER NOS ESPERA

Colección **PUNTO ROJO** n.º 381

Publicación semanal

Aparece los **SABADOS**



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

Déposito legal: B 24.462 - 1969

Impreso en España - Printed in Spain

1ª edición: agosto, 1969

© SILVER KANE, 1969
texto

© MIGUEL GARCÍA - 1974
cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
Mora la Nueva 2, Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1969

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

CAPÍTULO PRIMERO

Cuando la luna reapareció por entre los espesos bancos de nubes, vieron con claridad la casa.

Situada al oeste de Virginia, cerca de los históricos campos de Appomattox, donde se decidió la guerra civil norteamericana, tenía ese empaque y ese señorío de las viejas casas del Sur. Pero llevaba abandonada algunos años y era enorme. Las enredaderas y la hiedra subían por sus ventanas. Por entre algunos huecos que el tiempo había formado en las paredes, se oían gemidos en las noches de viento.

Tommy instaló el aislante en lo alto del tendido eléctrico y descendió del poste mientras miraba hacia la casa.

—No me gustaría vivir ahí.

Su compañero, Charlie, le contempló de soslayo.

—¿Y qué prefieres? ¿Vivir en Baltimore, en una casucha pequeña y sucia? Al menos ahí tienes espacio, aire... Yo sí, yo viviría con mucho gusto en una casa como esa. Aunque tuviera que pedir prestado dinero para ponerla a punto.

Tommy se encogió de hombros.

—Me parece siniestra...

—¿Por qué? Todas las casas señoriales son parecidas. No sé a qué viene eso.

—Seguro que, con los años que tiene, en cada habitación ha muerto al menos una persona.

—De acuerdo, pero a los muertos se los llevan, ¿no? ¿O crees que aún estarán moviéndose por ahí para asustar a los vivos?

Tommy dijo temerosamente:

—Ni creo ni dejo de creerlo.

—¡Pues vaya tontería! ¿Sabes por qué los muertos no pueden estar ahí?

—¿Por qué? Vamos a ver: ¿por qué?

Charlie lanzó una carcajada.

—¡Pues porque les cobrarían el alquiler, idiota! ¡Menudos están los tiempos!

Movió una palanquita que había al pie del poste del tendido eléctrico, y toda la casa se iluminó. Fue como una explosión de luz. Todas las ventanas, todas las habitaciones, despidieron fulgores.

Fue justamente entonces cuando se oyó aquella especie de grito

ululante, mortal.

Era un grito que atravesaba las paredes y que llegaba hasta el fondo de los nervios.

Tommy y Charlie echaron a correr. Fueron instantáneamente hacia la casa. Habían sentido el mismo ramalazo de miedo los dos al oír aquel grito, pero fue más fuerte su deseo de ayudar al que pudiera estar en peligro... si es que el que estaba en peligro era un ser de este planeta.

Al entrar en el vestíbulo, los vieron. Eran dos hombres, uno de los cuales había caído escaleras abajo.

Estaba medio tapado por una verdadera montaña de tela de terciopelo, de la que intentaba librarse. Su compañero le ayudaba, mientras le preguntaba si se había roto una pierna. La situación no era terrorífica, sino más bien cómica.

Tommy y Charlie mascullaron a la vez:

—Pero, ¿qué demonios es esto? ¿Qué hacen aquí?

—¿Y ustedes? ¿Quiénes son?

—Nosotros estábamos reparando el tendido eléctrico. Si no, no había forma de que la casa tuviera luz.

—Pues nosotros estábamos cambiando todas las cortinas de la casa —dijo el que se hallaba en pie, ayudando a su compañero caído—. Nos ha llamado la dueña para que lo hiciéramos con mucha urgencia. Representamos a la firma Clinton, de Baltimore.

—¿Y qué le ha pasado a su amigo?

—Estaba en lo alto de las escaleras cuando se han encendido todas las luces de repente. Se ha sobresaltado, claro. Un poco más y se mata. Nunca había visto a un fulano caer de ese modo.

El otro se había librado ya del terciopelo, pero gemía entrecortadamente.

—¿Qué te pasa? ¿Te has roto una pierna?

—No... no lo sé.

—¡Lo que nos faltaba! El teléfono no funciona. ¿Cómo llamamos una ambulancia?

—Lo mejor será que lo saquemos de aquí —insinuó Charlie—. Supongo que traen ustedes coche.

—Claro que sí. Y para trabajar teníamos una gran linterna conectada a la batería por medio de un cable. Pero el coche es muy incómodo, es un viejo trasto; si ahora solo tiene rota la pierna, allí se le romperá hasta la columna vertebral.

Charlie murmuró:

—El nuestro es bueno; es el de la compañía de electricidad. Como ya hemos terminado el trabajo los llevaremos, si quieren.

El interpelado hizo un gesto afirmativo.

—Sí. Será mejor. Nosotros ya casi habíamos terminado también. Mejor será que nos larguemos; al fin y al cabo, nadie nos puede obligar a trabajar de noche.

Entre los tres recogieron al herido, que se quejaba lastimeramente, y lo llevaron hasta un “Studebaker” Caravan que no se hallaba lejos. En la parte posterior pudieron acomodarlo para que no sufriera durante el viaje. El lesionado se tocaba la pierna continuamente, pero a juzgar por el modo como la movía, no parecía que la tuviera rota.

Fue Tommy el que puso el motor en marcha.

—Conduciré despacio. ¿Adónde podríamos llevarlo?

—En Gettysburg habrá una clínica. Allí le podrán examinar.

El “Studebaker” rodó por el terreno desigual, alejándose de la casa, que seguía brillando como una luciérnaga en la noche. Cuando pasaban muy cerca del último poste del tendido eléctrico, Tommy susurró:

—¿Te imaginas, Charlie?

—¿Imaginar qué?

—La llave de contacto está ahí, al alcance de cualquier mano. Basta moverla y chask, la casa queda a oscuras.

—¿Y quién se va a entretener en eso?

—Hombre, no sé... Quizá nadie.

—De todos modos, volveremos mañana. Esa llave de contacto habrá que cerrarla con una caja. Ahora la instalación es provisional.

—Pues a mí no me gustaría moverme a oscuras por esa casa —dijo Tommy—. Lo menos tiene veinte habitaciones. Y debe tener sótanos. ¡Ni hablar! ¿Ustedes cómo lo han hecho?

Se volvió hacia el herido, que murmuró:

—Ya se lo hemos dicho: con un gran farol que iba conectado a la batería. De todos modos... ¡menuda oscuridad! La casa está llena de ruidos furtivos. Y de telarañas, pese a que esta mañana ha pasado por allí una manada de mujeres de limpieza. No, no me gustaría quedarme allí... ¡Diablos! ¡Mi condenada pierna!

—¿Te duele?

—Parece que ya no tanto, pero...

—Más que nada ha sido el susto, hombre... El susto que has tenido al ver encenderse de repente todas las luces, cuando estabas en lo alto de la escalera. ¡Menudo grito has pegado!

El herido parpadeó.

—¿Grito? ¿Qué dices?

—¿Cómo que qué digo? ¡Estoy hablando del grito que has pegado, hombre!

El herido balbució:

—Estás equivocado, muchacho. Muy equivocado. Yo no he gritado.

Mientras caía, tenía tanto miedo que no he despegado los labios para nada...

CAPÍTULO II

El coche se detuvo suavemente ante la casa, que seguía brillando como una gran luciérnaga en la tranquila noche del Sur.

Era un “Ford” Continental enorme, de esos donde cabe un regimiento y que difícilmente podrían estacionarse en las estrechas calles de las ciudades europeas. Pero allí, en Virginia, sobraba sitio. Los magníficos cromados del “Ford” Continental color gris despidieron una constelación de reflejos al recibir de lleno la luz de la casa. La portezuela se abrió y por ella descendió una muchacha que, al estar sola, se preocupó muy poco de la posición de su falda.

Esta subió hasta alturas ignotas, donde la mirada de un hombre se hubiera perdido. La muchacha vio que estaba mal ajustado uno de los sujetadores de su portaligas y lo ajustó. Luego cerró la puerta y, quieta ante la casa, la miró con detalle.

La vieja mansión del Sur... El lugar donde ocho generaciones de Seymour habían nacido, vivido y muerto.

Celebraba que todas las luces estuvieran encendidas.

Temía que los de la compañía de electricidad no hubieran llegado a tiempo.

La casa, excepto los cristales, también parecía decorosamente limpia. Lo de los cristales se comprendía, porque hubiera hecho falta una legión de hombres para quitarles el polvo y la suciedad de años de abandono. En cuanto a la hiedra, había crecido tanto, favorecida por el clima húmedo, que algunas de sus hojas parecían penetrar por las mismas ventanas.

De pronto, la esbelta figura de la muchacha fue iluminada por el haz de dos faros. Alguien más se acercaba.

El coche, un “Mercedes” descapotable europeo, de brillante color rojo, se detuvo también ante la casa.

De él descendió otra mujer, que tampoco se preocupó gran cosa por la posición de su falda.

Las piernas de la recién venida eran algo más llenitas. Hubieran hecho lanzar rugidos en los cuatro puntos cardinales de un barrio portuario. Llevaba zapatos de alto tacón, medias grises y una falda también gris que parecía tener una curiosa tendencia a irse por las alturas.

Su conjunto estaba rematado por una blusa y una sencilla rebeca, las dos blancas. Se dirigió hacia la muchacha que ya estaba allí.

—¡Eva!

—Lorna... Creí que no vendrías.

—¿Y por qué no había de venir? Yo siempre acepto tus invitaciones. Además, veo que soy la primera en llegar, después de ti.

Las dos mujeres se abrazaron y se dieron dos besos, uno en cada mejilla.

Después, Lorna miró la casa. Daba la sensación de que no había estado allí en muchos años, de que aquello era para ella como la vuelta a un pasado ya remoto. Su mirada se oscureció unos instantes, mientras se hundía en sus recuerdos.

Eva la miraba a ella. Sus ojos también se habían oscurecido.

—¿Qué te pasa? —balbució.

—Nada... Solo que pensaba en Grant. Pensaba en Grant, que está enterrado entre estas paredes...

CAPÍTULO III

El *sheriff* del condado de Gettysburg puso los pies sobre la mesa y tendió la mano para aceptar el teléfono que le ofrecía su ayudante.

—Washington, señor... Los datos que usted pidió.

El *sheriff* se puso el auricular al oído y murmuró:

—Johnny... Eh, Johnny... ¿Eres tú?

Una voz clara le contestó al otro lado del cable:

—Me has atrapado por casualidad, muchacho... Sí, ya me han pasado tu nota... He mirado todo lo que querías saber con relación a la casa de los Seymour.

El *sheriff* retiró los pies de la mesa. Solo con aquel gesto demostró que estaba dominado por una secreta ansiedad.

—¿Y qué hay, Johnny?

—Tenías razón: lo último que se sabe de Grant es que estuvo por allí. De eso hará unos cuatro años. Tú aún estabas en la escuela de policía, y por eso no fuiste testigo. Pero de otro modo no lo hubieses olvidado. ¡Claro que no! Nada menos que Grant, el Frankenstein moderno...

El *sheriff* se estremeció, pero no supo bien por qué. Volvió a poner los pies sobre la mesa.

—¿Y luego desapareció...?

—Por completo. No se ha vuelto a saber de él. O sea que los últimos datos que se tienen de Grant, están vinculados a esa casa. Pero, ¿por qué me lo has preguntado ahora? ¿Por qué se te ha ocurrido desenterrar ese asunto?

El *sheriff* de Gettysburg lanzó un suspiro.

—La casa había estado muchos años abandonada, y de repente han empezado a adecentarla y a limpiarla. Creo que va a haber una reunión en ella. Una reunión esta misma noche.

—No puedes impedirlo.

—No. Ya lo sé que no. No te he llamado por eso.

—Entonces, ¿qué quieres?

—Es que, por lo visto, los que se reúnen son los médicos que crearon a Grant. Los que lo hicieron resucitar, por decirlo así. Los que construyeron un hombre malo en términos absolutos. Un verdadero satanás... Esos son

los que van a volver a la casa.

Desde Washington la voz llegó más débil, como si de repente un viento frío la hubiera alejado:

—¿Y qué quieren ahora? ¿Buscar a Grant?

El *sheriff* balbució, sin atreverse a decirlo en voz alta:

—¿Piensas que todavía existe...?

CAPÍTULO IV

Lorna caminó sobre sus altos tacones en dirección al fondo del despacho. Aquel despacho era enorme, como todo en la casa. Había sido limpiado con especial esmero, y no daba la sensación de abandono que daban otras habitaciones. Tampoco Lorna King daba la sensación de ser una doctora, una mujer que había enseñado anatomía en las mejores universidades privadas de los Estados Unidos. Más bien daba la sensación de ser una cortesana de gran categoría. Se movía incluso con cierta voluptuosidad, con cierto obsesionante balanceo de caderas. Cuando llegó al fondo del despacho, se detuvo.

Allí había unas cuantas fotografías y unos croquis a gran tamaño de un cuerpo humano. Las fotografías eran las de un hombre completamente desnudo, cosa que a una doctora como Lorna le impresionaba bien poco. Toda la vida se la había pasado entre cadáveres como aquel... Porque las fotos eran las de un cadáver.

Se trataba de un hombre joven, de facciones serenas, dueño de una considerable fortaleza física. Sus ojos, que estaban abiertos, miraban con esa fijeza obsesionante de la muerte. Una de las fotografías le mostraba entero. Otra, casi abierto en canal. Los croquis y los dibujos a gran tamaño revelaban la posición de distintos órganos, especialmente el corazón, el cerebro y las ramificaciones de la médula espinal.

—El primer caso de hombre absolutamente malo, en el sentido científico, que se ha dado en el mundo —explicó suavemente Lorna—. He ahí nuestra creación, nuestro monstruo, nuestro Frankenstein moderno. Un auténtico demonio irresponsable, cuya única obsesión consistiría en matar. —Suspiró desanimada—. ¿Cómo pudimos hacer eso? ¿Cómo el amor a la ciencia nos pudo cegar de tal modo?

Eva, que se había sentado en uno de los butacones de cuero rojo, con las hermosas piernas cruzadas, murmuró:

—La leyenda de Frankenstein nos sugestionaba. Parece mentira, ¿no es así? Una vieja leyenda en la que ya nadie creía hace treinta años, y que solo era motivó para películas más o menos terroríficas, exhibidas en los cines de barrio. Pero, como siempre, resultó que la fantasía se había adelantado a la realidad. Julio Veme se adelantó al submarino y a los viajes espaciales. Leonardo de Vinci se adelantó al avión. El creador de Frankenstein nos habló de un monstruo que entonces era imposible, pero que ahora es perfectamente posible, e incluso lógico, gracias a la técnica de los trasplantes.

La puerta se abrió en aquel momento.

En la habitación pareció entrar una corriente de aire frío.

Las dos mujeres se volvieron, sobresaltadas, puesto que no habían oído el menor ruido hasta que la puerta se abrió. En el primer instante tuvieron incluso la sensación de algo sobrenatural, sensación absurda en dos científicos como ellas.

Un hombre entró en el despacho. Era de media edad, se conservaba fuerte y ágil, con aspecto deportivo. Una valiosa pipa de espuma de mar descansaba entre sus dientes.

—Pero, ¿qué os pasa? ¡Nunca os había visto con esas caras de asustadas, caramba! ¡Ni que hubierais oído a un fantasma!

—A los fantasmas no se les oye —contestó Lorna—. Como no te hemos oído a ti.

El recién llegado retiró la pipa de entre sus dientes y lanzó una carcajada.

Con él parecía haber entrado una corriente de optimismo, borrando por unos instantes las espesas sombras que parecían haberse adueñado de la habitación.

—Os veo muy preocupadas —dijo—. No me habéis oído porque he dejado el automóvil a distancia de la casa y he hecho el resto del camino a pie, sobre la hierba fresca. Tampoco habéis oído el ruido de la puerta al abrirse porque estaba solo entornada.

Bob Lancaster, un verdadero experto en cirugía cerebral, pero que había sido expulsado de dos universidades por su afición al alcohol. Se dejó caer en una de las butacas de cuero rojo y cabalgó la pierna por encima del antebrazo.

—Recibí el aviso con cierto retraso —dijo—. Creí que no podría venir, pero de todos modos he podido combinar mis ocupaciones. Precisamente tengo un pleito con la asociación médica de Nueva York. Quieren retirarme la licencia...

Eva hizo un mohín para decir:

—Tú siempre estarás metido en líos, Bob. Tienes demasiada afición al alcohol.

—Y a las chicas. ¿Sabes que tienes unas piernas sencillamente descomunales, Eva?

Eva se bajó un poco la falda, aunque sin demasiada convicción.

—No he cambiado gran cosa —dijo—. Me conservo.

—Una mujer de menos de treinta años no necesita conservarse. A esa edad todavía está muy bien... ¿Sigues soltera?

—Sí.

—¿Por qué? ¿Por miedo?

Ella se estremeció. Pareció como si le hubieran dado un pinchazo en el

cerebro, como si hasta allí, hasta lo fondo, hubiera llegado el alfilerazo de un recuerdo maligno.

—Ni Lorna ni yo nos hubiéramos atrevido a hacerlo —dijo con un soplo de voz—. Y es por miedo, lo confieso. Grant dijo que no consentiría que fuéramos de otro hombre. Nos deseaba, nos buscaba con sus ojos malignos que estaban más allá de la muerte... Dijo más de una vez que si algún día nos casábamos, volvería para buscarnos. Lancaster encendió su pipa, que se le había apagado.

—Pero eso es una tontería —dijo entre chupada y chupada—. Grant ya no puede haceros nada. Está muerto, está enterrado aquí. Nosotros mismos lo enterramos. ¿No lo recordáis?

—También estaba muerto cuando empezamos a trabajar sobre él —musitó Lorna—. También era un cadáver cuando lo volvimos a la vida.

CAPÍTULO V

El *sheriff* de Gettysburg estaba hablando por teléfono con la penitenciaría de Kansas City. Kansas es uno de los pocos Estados de la Unión donde a los condenados a muerte aún se les ahorca, a diferencia del Estado de Nueva York, donde se les electrocuta, o del Estado de California, donde se les mete en la cámara de gas. En Kansas aún existe un viejo verdugo que sigue la técnica de los tiempos del Oeste y que es experto en lazos y sogas de cáñamo. Era precisamente con él con quien estaba hablando el *sheriff* de Gettysburg.

El verdugo acababa de terminar de cenar, porque en Kansas había una diferencia de casi dos horas con relación a Virginia. A orillas del río Arkansas la luz aún era crepuscular, casi dulce. Pero el verdugo estaba de mal humor porque le habían interrumpido, y él tenía las digestiones pesadas.

—¿El *sheriff* de Gettysburg? ¿Y qué quiere? ¿Es que ha vuelto a declararse la guerra civil?

—No. Solo quiero saber si usted fue el hombre que ahorcó a Grant.

—Sí, claro que fui yo... Condenado legalmente por doble asesinato. Todas las apelaciones rechazadas. ¿Qué quería que se hiciese? Le ceñí una soga al cuello y... ¡abajo con él! La trampilla se encalló. Fue lo único que no funcionó bien aquella noche. Grant quedó solo medio colgado y tardó en morir. Fue todo un espectáculo. Pero yo no lo lamenté, aunque eso le parezca una crueldad. Doble asesinato y a sangre fría... ¿Qué quería que hiciera? ¿Qué le diese un premio? ¿Qué le pusiera una medalla? Le ceñí la soga al cuello y...

—No hace falta que me diga cómo le mató. Lo leí en los periódicos hace unos años.

—Pues entonces, ¿qué cuerno quiere saber?

—Lo que ocurrió con su cadáver. Si es cierto que nadie lo reclamó. Si es cierto que la penitenciaría lo entregó a un grupo de médicos para que hicieran experiencias.

El verdugo eructó. Definitivamente, él tenía las digestiones pesadas. ¡Y llamarle un *sheriff* a estas horas! ¿A qué venía aquello? Pero sus ojos se iluminaron un momento al recordar determinadas características de aquel grupo de médicos.

—Sí... Efectivamente, la penitenciaría lo entregó. Los cuerpos que nadie reclama van a la sala de disección, para experiencias médicas. Así la ciencia avanza, ¿no? Por lo menos eso dicen... Bueno, pues con el cadáver de Grant ocurrió lo mismo. Lo entregamos a aquel grupo, en el cual había dos mujeres. ¡Y qué mujeres, amigo! ¿Para qué se pondrán a estudiar unas chicas tan formidables? ¡Diablos! Bueno, ¿qué más quiere saber?

—Si se llevaron el cadáver de ahí —dijo, con voz débil, el *sheriff* de Gettysburg.

—No. Por lo menos no se lo llevaron al principio. Oí decir no sé qué, una auténtica barbaridad. Que le habían reanimado el corazón por medio de ondas eléctricas, obligándolo a funcionar de nuevo. Y que como su cerebro estaba irremediablemente dañado, le colocaron el de otro criminal que acababa de morir en accidente, cuando huía de la policía. Luego, Grant desapareció, y las chicas también. Pero yo no me quise enterar de más. Grant, en realidad, ya no existía. Había sido ejecutado y muerto legalmente...

CAPÍTULO VI

—Se planteaba en realidad un inquietante problema legal —dijo Bob Lancaster, encendiendo de nuevo su pipa—. Un conflicto que en realidad tal vez no se había producido nunca. Un hombre llamado Grant muere con todos los requisitos. No hay duda acerca de su defunción, puesto que es ejecutado legalmente. En el registro civil se inscribe una copia del acta de ejecución. Muerto. Eso ya es definitivo. Pero nosotros creamos otro hombre, nosotros lo sacamos, por decirlo así, de la tumba para hacerlo vivir de nuevo. ¿Qué ocurre con él? ¿Grant existe? ¿Es realmente responsable de lo que haga? ¿O los responsables éramos nosotros?

—Éramos nosotros —dijo Eva en voz muy baja—. A Grant había que considerarle, en esas condiciones, como una especie de robot. Como una máquina.

—¿Pero quién dice que no tenía voluntad propia? ¿Quién afirma que lo que hizo no fue porque temería realmente hacerlo?

Lorna dijo apenas en un susurro:

—Lo que hizo...

—Sí... Aquel horrible asesinato... Lo que nos forzó a decidir desprendernos de él. Enterrarlo aquí, como se hubiera enterrado a un muerto. Porque, en realidad, Grant ya no existía.

Olvidó su pipa. Su mirada se clavó en el vacío, con fijeza obsesionante, como si de pronto acabara de ver moverse un fantasma más allá de las sombras, más allá de los recodos de aquel despacho enorme.

La puerta se abrió a su espalda.

Poco antes se había oído el ruido del motor de un coche, pero ninguno de los que estaban reunidos allí se dio cuenta. Las pisadas parecieron sacarles de sus cavilaciones. Dos hombres entraron y cerraron de un portazo a su espalda.

—Pero, ¿qué pasa aquí? ¿Qué demonios es esto? ¿Un funeral?

Eva sonrió.

Fue ella la que más alivio y más alegría demostró ante la presencia de los recién venidos.

—¡Kent! ¡Peter!

Los que acababan de llegar tendieron las manos a todos. Sus edades frisarían la cuarentena. Iban vestidos con desenvoltura y con ese aire

juvenil que han pretendido adoptar muchos profesores modernos de las universidades norteamericanas. Su llegada dio a la reunión un cierto aire de alegría que sin embargo duró muy poco.

Había butacas de sobra para todos, de modo que se sentaron. Peter sacó una botella petaca de *whisky*, pero al notar la mirada ansiosa que enseguida le dirigió Flanagan, la guardó con disimulo.

—Eva Seymour... —dijo—. Nunca había estado en tu casa, en tu vieja mansión del Sur. Magnífico palacio.

Ella le miró con extrañeza.

—¿Por qué dices que no has estado nunca aquí? Eso es falso. Estuviste una vez: fue cuando enterramos a Grant.

Peter suspiró:

—Ah, claro... Pero te prometo que lo había olvidado. Fue una noche macabra.

—¿Y no has querido recordarla más?

—Ni aunque me hubiesen dado dinero por ello. Nada de recuerdos. Grant ha muerto dos veces, ¿no? ¿Pues a qué hablar de él? —de pronto palideció—. ¿O es que acaso nos has citado aquí, Eva, porque... porque...?

Ella musitó:

—Sí. Ha sido por Grant.

—¿Cuál es la razón?

—No vais a creerme cuando os lo diga.

Todos la miraban con curiosidad, con ansia, conteniendo incluso sus respiraciones.

El silencio fue obsesionante durante algunos segundos, hasta que la voz de Kent lo rompió:

—Bueno... ¿por qué nos miramos así unos a otros, como si estuviéramos embrujados?

Que Eva diga de lo que se trata. No creo que sea para tanto.

Todas las miradas, que habían ido un momento hacia Kent, se volvieron hacia Eva.

La mujer susurró:

—Grant me ha estado llamando por teléfono a mí casa de Nueva York toda la semana. Me ha estado llamando continuamente, sin cesar...

CAPÍTULO VII

El psiquiatra Killer, que había sido uno de los que examinaron a Grant antes de que compareciera ante el tribunal, se sentó pulcramente en el borde del sillón y miró al *sheriff* de Gettysburg, en cuyos labios temblaba un cigarrillo. El *sheriff* parecía muy preocupado. Sus facciones se volvían a veces lívidas y a veces enrojecían súbitamente. Todo aquello reflejaba un desequilibrio emocional que no pasó desapercibido al psiquiatra.

—¿Por qué me ha llamado, *sheriff*? Iba a marcharme ya para el fin de semana. Me ha encontrado por casualidad. ¿Cree que estas son horas de citar a la gente?

—Lo que he de preguntarle es importante. Si llega a irse para el fin de semana, ya no hubiera podido localizarle, señor Killer. Y quiero saber algo que usted me podría aclarar.

—¿Qué quiere saber?

—Es referente a Grant.

—¿El asesino ejecutado? Se trata ya de un asunto viejo...

—Usted lo examinó antes de que compareciera ante el tribunal. Se trataba de saber si era responsable o no de sus actos.

—Claro que le examiné. Durante mi vida he tenido que ver a docenas de tipos como él. ¿Y pregunta si era responsable? ¡Claro que lo era! Se daba perfecta cuenta de lo que hacía. Deseaba una cosa y entonces la realizaba, costase lo que costara. Uno de mis colegas dijo que eso era anormalidad. Que obraba bajo los efectos de una fuerza invencible. Amigo, eso de la fuerza invencible es un cuento chino. Si todos nos lo aplicáramos, todos nos quedaríamos a la mujer del prójimo después de liquidar al marido. Lo que ocurre es que las personas con decencia resisten los malos pensamientos, y a las personas sin decencia les fastidia resistirlos. Ese era Grant. Un monstruo sin decencia, pero perfectamente responsable. Yo así lo dije ante el tribunal. Reconozco que fui uno de los causantes de que lo enviaran a la horca, pero nunca me he arrepentido de eso.

El *sheriff* asintió de una cabezada.

Él, sobre ese tema, tenía las mismas ideas. Había visto escaparse del patíbulo o de la cárcel a locos que sabían más que él. Y que, en vista del éxito, cometían otro crimen en un setenta por ciento de los casos.

El psiquiatra susurró:

—Pero, ¿por qué me habla ahora de Grant?

—Verá... Es en cierto modo una vieja historia, pero que vuelve a rebrotar. ¿Qué manías tenía ese hombre? ¿Cuál era su hobby, si es que en la cárcel tuvo alguno?

—Sí, claro que tuvo uno. Pedía continuamente que le facilitáramos muñecas de esas que sirven para que jueguen las niñas. Muñecas que tuvieran el cabello rubio...

El *sheriff* arqueó una ceja.

—Comprenda, todos esos detalles son casi desconocidos para mí. Yo estaba entonces en la escuela de policía... ¿Y para qué las pedía, si puede saberse?

El psiquiatra dijo con un gesto de hastío:

—Imáginese... Para jugar a estrangularlas...

CAPÍTULO VIII

La pequeña vio la larga verja, la interminable y oscura verja que por aquel lado cerraba la posesión de los Seymour.

En los catorce años de su existencia se había acostumbrado a verla cada día, al pasar por allí. Formaba parte de su mundo habitual, de las cosas que ya no tenían por qué inquietarla, ni mucho menos causarle el menor miedo. Y sin embargo aquella parte de la verja siempre se lo había causado. Sobre todo ahora, cuando estaba oscuro.

Más allá se extendía una espesa mancha de bosque, que no había sido cuidado ni limpiado durante años. Katty siempre tenía la sensación, al pasar por allí en las horas de oscuridad, de que una mano saldría a través de la verja, brotando de aquel bosque, y la sujetaría con sus dedos largos y huesudos.

Por el lado interno, los árboles casi tocaban la verja. Algunas de sus ramas pasaban por entre los barrotes, haciendo que aquel mundo de oscuridad y de misterio que era el bosque llegara hasta allí, hasta la verja misma.

Por el lado externo, resultaba muy difícil alejarse si una quería llegar a la carretera general en línea recta. El sendero que llevaba a ella pasaba rozando la verja. Y era difícil desviarse, porque al otro lado había arbustos espinosos y hasta, se decía, alguna víbora. Por eso, durante años, Ketty se había acostumbrado a pasar exactamente por allí.

Ahora también lo hizo.

Tomó, como de costumbre, una rama y la hizo resonar sobre los barrotes. Aquel sonido la tranquilizaba, le hacía tener la sensación de que no estaba sola.

Cloc, cloc, cloc, clong...

El sonido era distinto, según los barrotes. Había algunos que resonaban como una campana. Otros producían un ruido solemne, como los tubos de un órgano. Y otros no sonaban en absoluto, porque los ahogaba la hiedra. Solamente, al rozarlas el palo, algunas lagartijas salían de sus escondrijos.

Ketty siguió avanzando.

Iba vestida de una manera muy extraña.

Iba vestida de muñeca...

En uno de sus bolsillos aún descansaba aquella invitación, pulcramente

impresa. Gran baile de disfraces el 18 de abril, con motivo del cumpleaños de Mary Roberts. Los pequeños tendrán a su disposición el pabellón. El baile empezará a las ocho *post meridian*.

Y debajo aquella notita a mano, que ella suponía era de su propia amiga Mary Roberts:

¿Por qué no vienes vestida de muñeca? Siempre te ha sentado muy bien... Ketty apretó el paso.

El baile empezaba a las ocho de la noche... En su reloj barato eran las ocho menos diez. Su abuela, con la cual vivía, siempre le dejaba ir a esa clase de fiestas, porque además la casa de Mary Roberts, que las organizaba con frecuencia, no estaba lejos. Bastaba seguir el sendero, pasando junto a la verja de los Seymour; luego cruzar la carretera general, por la que no circulaban demasiados coches; avanzar cosa de media milla más, por un camino ancho y bordeado de hermosos chalets, y ya se había llegado a la casa de Mary Roberts.

El pabellón que iba a ser para los jovencitos, para los menores de dieciocho años, estaba detrás de la casa. Era grande y sombrío, pero increíblemente divertido. Los peldaños de las escaleras se rompían de viejos, las paredes resonaban... Allí a nadie le reñían si destrozaba algo. Las fiestas acostumbraban a ser de epopeya...

Ketty estuvo a punto de llegar ya al final de la verja.

La rama seguía resonando.

Cloc, cloc, cloc, clong...

De pronto dejó de resonar.

La rama había topado con algo. Con algo blando... ¿Con una masa de hiedra?

No. Ketty lo vio entonces claramente, a la luz de la luna, mientras alzaba los ojos hacia la verja.

Había tropezado con una mano humana...

CAPÍTULO IX

Eva había dicho:

—He recibido una citación legal. Una citación en debida forma, a la que no tengo más remedio que contestar. Miradla.

Se la tendió a Peter, y los demás la fueron leyendo por turno, pasándosela de mano en mano. Era breve pero clara. Un viejo problema que ya creían olvidado volvía a resurgir con aquella simple hoja de papel que ahora crujía entre sus dedos.

Kent susurró:

—En este condenado mundo, las cosas no se olvidan nunca.

—Cierto. Pero es que el nuestro fue un acto al margen de la ley.

—Solo en cierto modo. No fue ilegal.

Lancaster murmuró:

—Recordad lo que dijo el juez de Kansas City. Habíamos creado un nuevo ser. Era algo sin precedentes. Grant ya no existía, pero al mismo tiempo volvía a existir de nuevo. Nos confesó que nunca se había encontrado en una situación así.

Eva descruzó sus piernas. El nylon de sus finas medias brillaba quedamente a la luz. Con un gesto pensativo susurró:

—El juez de Kansas City no podía prohibir un experimento científico como el nuestro, aunque quizá hubiera tratado de prohibirlo si por un momento llega a imaginar que tendría éxito. Una vez consentido, ya no podía volverse atrás... Pero cuando Grant volvió a vivir, por decirlo así, nos ordenó que nos hiciéramos responsables de él. Teníamos que vigilarlo, controlarlo... Yo firmé un documento que se parecía mucho a un certificado de adopción. Fue la única solución que el juez pudo sacarse de la manga. Confieso que en aquel momento no me importó demasiado, porque el problema legal quedaba al margen. Pero ahora...

Dobló lentamente la hoja de papel y murmuró:

—... Ahora he sido citada. El juez quiere saber qué ha ocurrido con Grant, del que no tiene noticias. Ignora, desde luego, que cometió un crimen después de su resurrección. Ignora que, para evitar otras cosas semejantes, lo enterramos en esta misma casa. Nos parecía que, si nosotros le habíamos dado la vida, nosotros podíamos hacerlo desaparecer.

Pero ahora el juez quiere tener noticias. Quiere saber qué ha ocurrido.

Lancaster encendió otra vez su pipa, que se le apagaba continuamente.

—¿Por eso nos has citado aquí?

—Sí. Por eso.

—Querrás que tomemos una decisión conjunta, claro.

—Es necesario.

—Si Grant no hubiera cometido un crimen que todo el mundo ignora, menos nosotros, la situación no tendría tanta importancia —opinó Lorna—. Podríamos decir al juez que murió y que le sepultamos sin cumplir ningún requisito legal, puesto que oficialmente no vivía, no existía. Pero está ese asesinato de por medio.

—¿Y qué? —opinó Kent—. Decimos al juez de Kansas lo mismo: que Grant murió y que sin ninguna clase de publicidad nos deshicimos por las buenas de sus restos.

—Pero, ¿y si inicia alguna investigación?

—Teníamos que haber pensado en eso antes de enterrarlo —reconoció Peter.

Eva dijo con un soplo de voz:

—¿Cómo íbamos a pensarlo? ¿A quién íbamos a dar explicaciones? ¿De qué modo podíamos decir que, para que la muerte llegara a parecer natural al cabo del tiempo, lo habíamos enterrado vivo?

CAPÍTULO X

Un espeso silencio se había hecho en la habitación. Pese a estar en abril y pese al clima más bien cálido de Virginia, aquella noche el vientecillo era fresco. Las ventanas encajaban mal y el frío entraba en la habitación, deshabitada durante tanto tiempo. Lancaster se puso en pie, vio que había unos grandes troncos en la chimenea y los encendió calmosamente, valiéndose de unas teas.

—Se empezaba a estar mal aquí —dijo—. Esta casa está helada.

Todos miraban como hipnotizados las primeras llamas, igual que si esperaran encontrar en ellas alguna solución.

Lancaster se puso en pie.

—Bueno, ¿por qué hemos de poner todos esa cara? Grant no existía realmente. Había sido ejecutado y consta su defunción. No es un crimen liquidar al que no existe. Contamos la verdad y en paz.

—¿También el asesinato que Grant cometió?

La voz de Eva había sonado como un trallazo. Lancaster dejó caer las manos a lo largo del cuerpo, con un gesto de desaliento.

—No —confesó—, eso no podemos explicarlo. Supongo que se nos haría responsables.

—Por eso necesitamos encontrar una solución —dijo Eva—, y por eso os he reunido aquí.

Volvió a hacerse un silencio pesado, enervante, hasta que Kent preguntó:

—¿Cuánto tiempo tienes para comparecer ante el juez de Kansas City?

—Dos días.

—Pues ya lo tienes encima. Si cuentas el viaje...

—No es necesario que vaya hasta allí. Puedo comparecer con esta citación ante cualquier juez del país, por ejemplo el de Gettysburg, que es el más cercano. Lo que yo diga ante él, será trasladado al juez de Kansas City.

—O sea, que prácticamente tenemos dos días para hallar una solución.

—Sí.

—En ese caso, no ha sido una mala idea el reunirnos —reconoció Lancaster—. Aparte de que el problema nos afecta a todos, hay cosas que solo pueden resolverse en grupo. Bien, ¿qué hacemos? ¿Empezar a discutirlo? ¿O estar pensando hasta que el cerebro nos hierva?

Eva quizá era la más serena, pese a ser ella la citada por el juez. Murmuró:

—No tenemos tampoco una prisa exagerada. Dos días son mucho tiempo. Lo primero que hemos de hacer, según yo creo, es plantearnos el problema y luego descansar. Aquí hay dormitorios para todos. Mañana, a la luz del día, veremos las cosas con mucha mayor serenidad.

Todos asintieron.

—Cierto.

—Es razonable.

—Cuando hay que tomar decisiones, lo mejor es tener unas horas antes el cerebro en blanco —dijo Kent—. Si te obsesionas con un asunto, no lo verás claro jamás. Por mí parte, creo que es mejor irse a dormir, y pienso dar el ejemplo. Si me asignáis un dormitorio...

—Yo daré una vuelta —dijo Peter—. El bosque que había detrás de la casa debe estar magnífico ahora...

—Lo que debe estar es siniestro.

—Bueno, de todos modos será mejor que nos dispersemos —opinó Lancaster—. Yo he tenido un día muy malo. Daré una pequeña vuelta y luego me iré a dormir. ¿Qué habitación tengo, Eva?

—Cada uno tiene la misma de la última vez.

—La última vez... Es curioso. ¿Quién iba a pensar en todo esto, verdad? Recuerdo perfectamente aquella habitación con vistas al bosque. Bueno, no hace falta que hablemos más.

La reunión se disolvió. Todos conocían bien la casa, cuyas luces estaban encendidas en su totalidad. Los pasillos parecían más largos, más interminables que nunca. Pero las lámparas, con su resplandor, disipaban toda sensación de misterio.

Fue entonces cuando empezaron a oírse aquellos golpes en los barrotes de la verja. Los golpes propinados levemente, con una rama, por alguien que se acercaba...

CAPÍTULO XI

Lancaster guardó su pipa. No quería encenderla allí por temor a provocar un incendio con los fósforos. El bosque de la parte posterior de la casa era ya una verdadera selva, y en esas condiciones nadie puede asegurar que no se va a producir un desastre. Se acercó a la verja y la miró con detenimiento.

Los barrotes ya estaban en parte oxidados. Unos aparecían desnudos, mientras que a otros les cubría la hiedra.

Llegó hasta ellos, apoyó las manos en la herrumbre y miró hacia el exterior. A lo lejos brillaban unas lucecitas. Debía ser la carretera general, con su gasolinera y su snack. No se veían los faros de ningún coche.

Bajó la mirada y entonces la vio.

Estaba allí, en el suelo, pero materialmente pegada a la verja. Vestida de muñeca. Con una larga peluca rubia que ahora le caía casi grotescamente a un lado de la cara. Con las manos agarrotadas y espantosamente quietas a la altura del pecho.

La habían estrangulado. La habían estrangulado con las manos, manteniéndola la cabeza quieta y apretada contra los barrotes.

Los nudillos de Lancaster crujieron, a pesar de que no recordó haberse apretado los puños.

Su garganta sufrió una crispación.

—¡Eh! —gritó—. ¡Eh! ¡Venid aquí, por todos los demonios! ¡Venid todos aquí! ¡Ha ocurrido algo horrible!...

Sus voces resonaban en la casa entera. El silencio parecía romperse como un cristal. Desde muy lejos, desde el río Delaware, llegaban unas finas volutas de niebla que hacían más irreal, más inconsistente el paisaje.

Por una de las ventanas asomó una cabeza. Era la de Lorna.

—Pero, Lancaster... ¿Qué te pasa, Lancaster?

—¡Por favor, baja!

—¿Por qué?

—¡Ha ocurrido algo horrible!

—Lancaster... ¿no habrás bebido otra vez, eh?

—¡No seas tonta! ¡Por favor, baja! ¡Bajad todos!

Se oyó un brusco chasquido de puertas, y dos hombres y dos mujeres más aparecieron allí. Parecía costarles mucho trabajo avanzar por un jardín que ya casi no conocían. Las ramas bajas les cortaban el paso.

Solo las voces de Lancaster les guiaban en la oscuridad.

Por fin llegaron junto a él. Y por fin vieron también aquello.

Eva se llevó una mano a la boca. Ese fue aproximadamente el gesto que también hicieron los demás, aunque los dos hombres trataron de disimularlo, fingiéndose más serenos de lo que en realidad estaban.

Peter susurró:

—Parece una muñeca...

Y Kent:

—¿Recordáis...?

Todos se volvieron hacia él. Los ojos le escrutaron. Las facciones estaban crispadas.

Fue Lorna la que masculló:

—¿Qué hemos de recordar, Kent? ¿Qué te pasa?

—Es una cosa absurda y que no tiene sentido, pero que ahora he vuelto a recordar. Se refiere a Grant...

Guardó un breve silencio, como si no se atreviera a continuar, hasta que Eva, gritó:

—¡Habla!

—Vosotros lo recordáis también... ¿Para qué mencionar una cosa que al fin y al cabo hemos conocido todos? Se trata de Grant. El adoraba las muñecas. Le gustaba tenerlas, mirarlas. Jugaba con ellas. En cierto modo, resultaba conmovedor. Lo malo era que luego fingía estrangularlas, con sus manos. Que las destrozaba poco a poco...

CAPÍTULO XII

El *sheriff* de Gettysburg entró en el departamento de celdas que había detrás de su oficina. Las cosas habían rodado bien en los últimos tiempos, y solo tenía allí a un detenido. En cierto modo, era como si no tuviera a nadie, porque Lane se portaba bien. Pasaba el día leyendo y a veces haciendo sonar su armónica, en la que era un auténtico virtuoso, como buen habitante del Oeste.

Guss, el *sheriff*, se plantó ante él, al otro lado de las rejas, y le miró con las manos en los bolsillos.

Lane era alto y fuerte. Tendría unos veinticuatro años. Vestía, como siempre, una camisa gris y unos tejanos, que todos los domingos él mismo se lavaba, pues a los oficios religiosos obligatorios asistía con su ropa nueva.

Ahora tocaba la armónica.

Parecía absorto en la canción, como si el tiempo no tuviera importancia, no existiera para él.

Guss murmuró:

—No lo entiendo, Lane.

Lane dejó de tocar.

—¿Qué es lo que no entiende, *sheriff*?

—¿Por qué viniste aquí? ¿No eres un hombre del Oeste? ¿No estabas bien en Denver? ¿Qué mosca te picó para que vinieras al Sur?

Lane se pasó una mano por los rebeldes cabellos rubios.

—Quería conocerlo.

—Pero eres un vagabundo.

—Me acusaron de vagabundo, que no es lo mismo.

—No es lo mismo, ¿eh? ¿Acaso lo que tú hacías no era vagabundear? ¿No te encontraron durmiendo en el coche del señor Bradford?

Lane rio.

—Si llega a ser el coche de otro ciudadano cualquiera, le apuesto a que no me pasa nada.

—Bueno, reconozco que el señor Bradford es un poco especial. No quiere ni que la gente huela las flores que cultiva en su jardín. Tiene un reloj magnífico, pero siempre pregunta la hora a los demás, para que el suyo no se le gaste... Está cargado de manías, lo comprendo. Pero al encontrar un tipo durmiendo en el diván posterior de su Lincoln Grand

Consejo Special tenía toda la razón para poner el grito en el cielo. Tú no podías justificar ningún trabajo. Y además era posible que estuvieras allí esperando la oportunidad para un robo. Por eso te enchironé.

Acarició las rejas, como si quisiera que ellas dieran testimonio de su inquebrantable decisión.

—Y sigues enchironado.

Lane limpió la armónica calmosamente, mientras reía con aquella especial despreocupación que había hecho que a Guss le cayera simpático. Lane nunca protestaba por nada. Nunca hablaba de las cosas haciendo afirmaciones tajantes, que pudieran molestar a los otros. Siempre decía: Pudiera ser...

—Pudiera ser que no estuviese esperando robar, *sheriff* —dijo con suavidad—. Pudiera ser que ustedes no me hubieran interpretado bien, que yo fuera un incomprendido. Él no andar sobrado de dinero no es un delito. Y yo no ando sobrado de dinero, lo comprendo. Pero al meterme en aquel coche porque me caía de sueño, no tenía ninguna mala intención. Solo quería esperar al amanecer, para ver pasar a los empleados del señor Bradford.

—¿Con qué objeto?

—Estoy escribiendo un libro sobre las condiciones de la vida en el Sur, ya se lo he dicho. Y no crea que en Denver me muero de hambre. Soy un escritor relativamente cotizado allí. Lo que ocurre es que aquí no me conoce nadie. Nadie respondió por mí, y esa fue la razón de que...

—Esa fue la razón de que te enchironara por tres meses —dijo Guss, terminando la frase del otro—. En fin, ahora ya solo te falta uno.

—Todo un mes... ¡demonios!

—Hay que aguantarse, amigo.

Y a continuación Guss dio unas vueltas por la sala exterior, con la cabeza baja, como el que está rumiando algo. Evidentemente, no se atrevía a decir lo que llevaba en el caletre. Al fin chascó dos dedos y se encaró con el detenido.

Lane le miraba sonriendo.

—Diga lo que tiene entre ceja y ceja, hombre —le animó—. Supongo que no será ninguna barbaridad, *sheriff*.

—¿Puedo fiarme de ti, Lane?

—Hombre, según para qué. Mientras no me obligue a guardar los coches del señor Bradford... A lo peor me duermo otra vez dentro de uno.

—Esta vez es otra cosa. No tiene nada que ver con el señor Bradford. Sí, es otra cosa... —de pronto apretó los barrotes con sus dedos—. Ya sabes que yo tengo un solo ayudante, ¿no?

—Sí, claro. El buenazo de Patton. El único defecto que tiene es que todo el día se lo pasa tratando de hacer puntería en aquella escupidera.

—Bueno, pues a Patton le he dado permiso. No esperaba tener que moverme de aquí, pero están ocurriendo cosas... Bueno, cosas extrañas. Es en la casa de los Seymour. No sé si la conoces.

—La he oído nombrar.

—Una vieja y honrada familia... Claro que ahora solo queda una descendiente, Eva, que es un prodigio de la medicina. Tan prodigio que no creo que nunca le quede tiempo para dar un heredero a la casa. Pero, como te digo, están ocurriendo algunas cosas anormales, y quisiera darme una vuelta por allí. Puede que sea pura rutina, puede que no. Y eso me crea un conflicto.

—No tiene a nadie, ¿eh?

Guss chascó dos dedos otra vez.

—Mira, voy a hacerte una proposición. Dejaré las llaves aquí, al alcance de tu mano. Y te diré lo que debes hacer.

Lane rio, divertido.

—No me diga que voy a sustituirle.

—Solo para avisarme por teléfono si ocurre algo. Lo mismo que podría hacer un chico de siete años. Verás... A estas horas ya nunca ocurre nada. Gettysburg es una ciudad tranquila. Aquí no ha habido follones en grande desde la guerra civil. Solo quiero que estés aquí quietecito. Y si alguien pregunta por mí, sales y me llamas por teléfono al número que te dejaré apuntado sobre mi mesa. Es el de la casa de los Seymour. Tú me avisas y yo llegaré enseguida, ¿comprendido? Ya sé que puedes huir, pero eso te costaría caro. En cambio, si te estás quietecito aquí, te será tenido en cuenta. Puedo reducirte la condena, ¿te das cuenta?

Lane dejó la armónica y se puso en pie, abandonando el camastro en que había estado reclinado hasta entonces.

—Comprendido, *sheriff*. Aunque tal vez haga mal al fiarse de mí... Imagine que me largo con otro coche del señor Bradford.

—Dios te libre de hacer eso. Te significaría cinco años de cárcel.

Volvió a apretar los barrotes y dijo:

—Bueno, ¿aceptas o qué?

—Veo que está muy obsesionado por lo que ocurre en casa de los Seymour, *sheriff*.

—Confieso que lo estoy. Hay una serie de cosas inexplicables que me gustaría aclarar, y que me gustaría aclarar precisamente esta misma noche.

—¿Tiene buenas piernas la última descendiente de esa familia? —Yo estaba pensando en otra cosa.

—Está bien, *sheriff*, no se lo tome a mal. Acepto. Deje esas llaves donde pueda alcanzarlas yo. Si alguien viene o telefonea, yo le pasaré el recado al número que me dejará sobre la mesa.

Guss suspiró, aliviado.

La verdad era que ardía en deseos de ir a la casa de los Seymour y averiguar lo ocurrido o lo que iba a ocurrir. Sin la colaboración de Lane no podría moverse de allí. Ciertamente que lo que estaba haciendo era irregular, pero estaba seguro de que nadie vendría a molestar aquella noche.

De modo que puso las llaves sobre un banquillo, al alcance de las manos del condenado, y murmuró:

—Lo más fácil es que vuelva en un par de horas.

—De acuerdo, *sheriff*, pero no se dé prisa. Ah... Y a ver si se acuerda de traerme un retrato de esa chica...

CAPÍTULO XIII

Todos miraban el cadáver. Todos tenían los ojos muy abiertos y una expresión de horror, de incomprensión, había asomado a sus facciones.

A la pequeña la habían estrangulado.

Sus ropas estaban desordenadas, pero no había sufrido violencias de tipo sexual. Todos conocían bien a Grant y sabían que este era incapaz de una cosa así, porque al ser reconstruido no habían logrado que fuera en todos los aspectos un hombre como los otros. Era capaz de enamorarse, eso sí, y tenía auténticas manías con las mujeres, pero resultaba muy difícil que pudiera llegar a poseer a una de ellas.

Esos pensamientos flotaban sobre los cerebros de aquellos cinco seres mientras miraban como hipnotizados a la muerta, sin saber qué decisión tomar. Lancaster balbució al fin:

—Todos estamos pensando lo mismo. Todos pensamos que ha tenido que ser Grant...

—Así tiene que ser —farfulló Eva—. Pero, ¿cómo? Estaba enterrado entre los muros de esta casa...

—Tú misma has dicho antes que te ha estado telefoneando.

—Cierto, lo he dicho. Pero eso no quiere indicar que lo haya creído a pies juntillas. En primer lugar, ya no me acuerdo de la voz de Grant. Pudo haber telefoneado otro.

Peter le puso una mano en el brazo derecho, con expresión airada.

—¿Alguno de nosotros, quieres decir?

—Podía tratarse de una broma.

—Pues en este caso me temo que no lo sea. Tuvo que ser el mismo Grant el que te llamó. Eso y lo que acaba de suceder indica que no está muerto...

—Pero si nosotros mismos.

—... Nosotros mismos lo enterramos, ya sé lo que vas a decir. Pero no estaba muerto, recuérdalo. ¡Estaba vivo!

Eva lanzó una especie de gemido, mientras se desprendía violentamente de la mano del otro.

—¡Déjame! ¡Y no hables de eso! ¡Te prohíbo que digas una palabra más!

Peter la soltó. Pero solamente la complació en eso. Por lo demás continuó, inflexible:

—Lo enterramos vivo por una sencilla razón: porque somos científicos. Pensábamos dejarlo allí para siempre, convencidos de que nadie nos volvería a preguntar por él. Pero si alguien nos preguntaba, podíamos hacer reaparecer el cadáver seguros de que resistiría cualquier análisis: Grant habría fallecido de muerte natural. De inanición, si se quiere, pero al fin y al cabo de muerte natural. Todos sabíamos que no podíamos matarlo a balazos: los impactos se notarían en el cadáver, e incluso en el esqueleto habrían quedado huesos partidos y esquirlas de plomo. Que no podíamos ahorcarlo porque quedaría la marca en el cuello y además las vértebras cervicales rotas. Que no podíamos envenenarlo, porque todos los venenos dejan leves residuos e incluso muchos de ellos cristalizan en los huesos. Que no podíamos arrojarlo desde una ventana, porque se le hubiera destrozado el cuerpo. No... Lo mejor era hacer lo que hicimos: Enterrarlo entre dos gruesas paredes y dejar que muriera. ¿Pero ha muerto realmente? ¿Qué podemos creer?

La pregunta hizo que los ojos de todos cambiaran de expresión. Que sus miradas se convirtieran en algo vidrioso, estático. Los que parecían muertos ahora eran ellos, no Grant. Eva dijo entonces suavemente, rompiendo el silencio bochornoso que los envolvía:

—Eso tiene una fácil solución.

—¿Cuál?

—Vayamos al sitio donde Grant fue enterrado y veamos todos si aún sigue allí...

CAPÍTULO XIV

La casa tenía grandes sótanos, como habían supuesto los electricistas y los tapiceros. Normalmente esos sótanos hubieran tenido un aspecto siniestro, pero ahora estaban iluminados hasta el máximo. Al encontrarse encendidas todas las bombillas de la casa, no podía decirse que allí quedaran grandes zonas de oscuridad. Los sótanos, por otra parte, también habían sido limpiados, aunque en muchos ángulos aún quedaran restos de telarañas que era muy difícil desprender si a todo aquello no se le daba un buen repaso, después de la limpieza inicial.

Los cinco avanzaron quedamente.

Oían sus propios pasos, como si no fueran de ellos mismos. Y Kent, que era el último, se volvía de vez en cuando aprensivamente, porque tenía la sensación de que alguien le estaba siguiendo.

Pero detrás de ellos se cerraba el silencio como un muro.

Nadie les seguía, porque lógicamente no debía haber nadie más que ellos en la casa.

Pero, ¿estaban solos? ¿Lo estaban realmente?

La verdad era que ninguno de ellos lo creía.

Lancaster, que ya no se acordaba de encender su pipa, farfulló:

—Bueno... Y el cadáver de la pequeña... ¿Qué hacemos con él? ¿Eh? ¿Qué hacemos con el cadáver de la pequeña?

Peter se puso nervioso.

—¡Ya hablaremos de eso más adelante! ¡Habrà que decidir si avisamos al *sheriff* o no!

—Y si lo avisamos, lo mejor es no haberlo tocado —dijo Lorna.

—Bueno... ¿pues por qué cuerno no lo decidimos ahora?

—Por una sencilla razón. Hay que ver antes lo que ha sucedido con Grant, ¿comprendes?

—Lo único que comprendo es que yo necesito un trago.

—Te lo daremos luego. Ahora espera.

Lancaster emitió un par de gruñidos indicando su disconformidad, pero al final no tuvo más remedio que resignarse.

Llegaron a la parte más remota y profunda del sótano.

Allí las paredes eran muy gruesas, porque sostenían parte de la estructura de la casa.

Todo estaba, en apariencia, como lo dejaron tiempo atrás. Diversas zonas de aquellas paredes tenían partes reparadas con ladrillos, de modo que el hueco que ellos habían hecho, para tapiarlo luego, no se diferenciaba de las zonas reparadas. Incluso parecieron dudar al principio, como si no recordaran bien el sitio exacto. Al fin, fue Eva la que murmuró:

—Pero, ¿por qué estamos vacilando? ¿Es que no os acordáis?

—Era al nivel de la tercera columna, ¿verdad? —musitó Peter.

—Justamente.

Kent se pasó una mano por la barbilla, pensativamente.

—¿Y qué hacemos, ahora? Eso es... ¿qué hacemos? ¿Derribar ese muro de ladrillos ahora? ¿Dejar al descubierto todo el pastel?

—No creo que nos quede otro remedio —dijo Lorna—. Hay que salir de dudas.

—¡Esa duda no deberíamos tenerla! ¡Grant murió! ¡Es una estupidez incluso el que nos acerquemos aquí! —gritó Kent, que estaba perdiendo rápidamente el dominio de sus nervios.

—De todos modos, hay que hacer algo.

—La solución es sencilla —susurró Eva—. ¿No lo recordáis ya? ¿No os acordáis del respiradero?

Kent balbució:

—Es cierto...

—No queríamos que Grant muriera por asfixia, lo que podía hacer pensar luego en un crimen. Tenía que morir por inanición pura, es decir, de hambre y de sed. Reconozco que eso era terriblemente cruel, pero ¿de qué modo justificarnos luego, si ocurría algo? De esa manera siempre podríamos decir que Grant se perdió y terminó muriendo, a causa de su dificultad para orientarse... En fin, el respiradero existe. Creo que deberíamos ver a través de él.

Todos asintieron.

Era una solución cómoda, de modo que salieron del sótano dejándolo todo cual estaba.

En una de las habitaciones de la planta baja, la que daba justamente sobre aquella parte del sótano, había una pequeña trampilla. Estaba prácticamente empotrada en el suelo, de modo que resultaba muy difícil levantarla. Se necesitó la fuerza conjunta de Kent y Peter para conseguirlo.

El hueco que apareció resultaba suficiente para mirar hacia abajo, para enterarse de lo que ocurría en el pequeño y siniestro nicho abierto en la pared. Pero resultaba en cambio demasiado pequeño para que por él pasara un hombre; ni siquiera un niño.

Al abrir la trampilla, lo primero que les sorprendió fue el hedor, un hedor concentrado y repelente que hubiera hecho saltar hacia atrás a quienes no fueran unos científicos como ellos, acostumbrados a moverse

entre cadáveres toda su vida.

Lorna y Eva, en especial, que enseñaban anatomía, habían pasado años enteros, pese a ser tan jóvenes, moviéndose por entre las salas de autopsia y disección. El hedor era algo habitual para ellas. Sin embargo, les extrañó.

—Ya no debería oler en absoluto —dijo Eva.

—Tiene una explicación.

—¿Cuál?

Lancaster, que era el que había hablado, encendió su pipa de nuevo, porque el olor del tabaco holandés le gustaba, desde luego, mucho más que aquel otro.

—Esto ha estado cerrado. El hedor se ha ido concentrando. Dentro de poco desaparecerá.

—Sí, es muy posible...

—De todos modos, hay algo evidente: el cadáver de Grant sigue ahí dentro.

—Y el cadáver de la pequeña sigue ahí fuera.

—Ya sé lo que quieres decir. Si no lo hizo Grant, ¿quién lo hizo? Es eso, ¿verdad?

—Aja.

—Y queda por aclarar también lo de las llamadas telefónicas —murmuró Kent.

—Estoy segura de que es una broma de alguno de vosotros —dijo Eva—. Lo que ocurre es que se trata de una broma de mal gusto y ahora nadie lo querrá reconocer.

Después de aquellas palabras, se produjo un silencio. Había algo evidente, y era que todos se sentían más tranquilos ahora. Al que temían, al que verdaderamente no hubieran podido soportar ver, era a Grant. Ahora sabían que Grant estaba emparedado y que era simplemente un cadáver descompuesto. Lo de la pequeña vestida de muñeca lo había hecho otro, por descontado. Era un crimen horrible, pero se trataba de algo cometido por un hombre >normal. Y a los hombres normales, ellos no les tenían miedo.

Eva suspiró con cansancio.

—Creo que deberíamos retirarnos a descansar —dijo.

—¿Y la pequeña?

—No creo que nadie más vea el cadáver. Mañana avisaremos, como si lo hubiéramos descubierto entonces.

—¿Y por qué no ahora?

Eva cerró un momento los ojos, mientras se pasaba una mano por ellos, con gesto de desaliento.

—Toda la noche con interrogatorios y con esto lleno de frases maliciosas... Y sin haber decidido nada con relación a Grant. ¿Os dais

cuenta de lo que eso significa? Tenemos que pensar y decidir algo. ¿Lo habéis decidido vosotros ya?

Todos se miraron, y sus gestos negativos indicaron que por el momento no sabían cómo afrontar aquella situación.

—Cierto... Necesitamos algunas horas para reflexionar, y la almohada suele ser buena consejera —dijo Lancaster—. Hagamos lo que dice Eva. Mañana será otro día...

Fue él quien cerró la trampilla y quién dejó que la pipa se apagara otra vez, porque el hedor había desaparecido. De todos modos dejaron una ventana abierta antes de salir. Y fue la causa de esa ventana abierta que oyeron el ruido del motor de un coche que parecía acercarse a la casa.

Eva palideció.

—¿Quién viene ahora? Estamos todos...

El ruido del motor cesó.

—No viene nadie. Ya se ha ido. Debía ser uno que pasaba a estas horas por la carretera.

No era tarde, pero ellos tenían la sensación de estar totalmente envueltos por la noche, rodeados por una noche que además sería eterna.

—Ya lo habéis visto: nadie... —dijo Lorna al cabo de unos instantes—. Podemos estar tranquilos.

Y salieron todos de allí, mientras la niebla que llegaba del lejano río Delaware se hacía cada vez más espesa, más inquietante, más impenetrable...

CAPÍTULO XV

El *sheriff* Guss dejó el coche en la carretera, porque no quería que se enteraran de que estaba allí. Esta vez no le convenía llegar a toque de sirena, sino todo lo contrario. Aparcó en una zona oscura, entre los matorrales, y se dirigió a pie hacia la casa.

Eso no era difícil.

La antigua mansión de los Seymour relucía en la noche como una luciérnaga gigantesca.

Todas las luces estaban encendidas, incluso las del parque delantero de la casa. Lo que seguía absolutamente en sombras era el jardín, rodeado por una enorme verja, y que a causa del abandono y de la niebla debía parecer una selva impenetrable.

Cuando llegó a la zona de luz, el *sheriff* pensó que si seguía avanzando iban a verle.

Y él no quería presentarse allí y efectuar un interrogatorio, sino todo lo contrario; una investigación discreta, sin ver a nadie. Enterarse de quién estaba allí y por qué, pero nada más. Para ello convenía que no le vieses.

Miró los coches, y vio que eran cuatro: tres de buena pinta y uno que debía haber sido comprado en un parking de vehículos usados bastantes años atrás. El número de personas que estaban allí no podía deducirlo por los coches, ya que en cada uno de ellos podía haber llegado más de un ocupante.

Dejó para más adelante examinar las documentaciones, si es que convenía hacerlo; de momento eso podía ser considerado como un acto ilegal. Ni siquiera podía acercarse a aquellos coches con el pretexto de mal aparcamiento; estaban en un parque privado.

Se acercó a la zona de sombras, buscando pasar desapercibido. Y bordeó la verja.

Una oscuridad gris lo llenaba todo. Era una oscuridad tentacular, viscosa, a causa de la niebla.

No se veía a dos pasos.

Esa fue la causa de que el *sheriff* Guss no viera el pequeño cuerpo

tendido en el suelo, muy cerca de la verja. Que no advirtiera su existencia hasta que materialmente tropezó con él.

Tuvo un sobresalto.

Extrajo su linterna y la enfocó hacia el suelo, pero cubriendo el haz en parte para que no fuera visible desde más allá de la verja. Lo que vio le hizo lanzar un respingo.

Guss había visto muchos cadáveres, los cuales formaban también parte de su trabajo habitual. Pero ningún cadáver como aquel. Ninguno que le diera tanta pena y al mismo tiempo le infundiera tanto odio hacia el autor de aquella maldita salvajada.

Tuvo que cerrar un momento los ojos, mientras los pensamientos se atropellaban en su cráneo.

Infiernos...

Aquella pequeña, Ketty, iba vestida de muñeca, porque sin duda acudía al baile de disfraces de Mary Roberts, del cual él ya estaba enterado. ¿Y qué le había dicho el psiquiatra acerca de Grant? ¿No le había indicado que...?

Sí, aquello tenía que ser obra de Grant. Pero el *sheriff* no terminaba de creerlo.

Por un momento sintió que su vista se nublaba. Sus facciones se cubrieron de un sudor helado.

Bueno, aquello no iba a quedar así.

No sabía qué era lo que maquinaban los habitantes de la casa, pero en todo caso tendrían que contar con él. Iba a meter en cintura a quién fuese. Y si tenía que enchironar nada menos que a Eva Seymour, no sería él quien lo lamentase.

Dejó el cuerpo de Ketty tal como lo había hallado y se dirigió de nuevo hacia el parque delantero de la casa. Esta vez no trató de disimular su presencia. Atravesó la zona de luz. Atravesó luego la puerta, que estaba solo entornada.

La luz lo llenaba todo. Era muy distinto del exterior. Allí todas las bombillas relucían. Parecía increíble que en una casa así pudiera ocultarse algún misterio.

Pero no se veía a nadie.

Quizá Eva Seymour y sus invitados se habían retirado ya a descansar. Quizá ignoraban lo de la pequeña Ketty. Y no imaginaban ni de lejos el peligro que ellos mismos estaban corriendo.

Subió las escaleras.

Había cortinas nuevas, las cuales se movían a impulsos del leve viento. La casa había sido limpiada, aunque aún subsistían algunos rincones de suciedad. En el piso superior no se escuchaba tampoco el menor ruido, como si aquella fuera una casa enteramente deshabitada.

El *sheriff* vio una puerta entornada.

Miró por ella, sin hacer ruido.

Dentro había luz, como en todas partes. Y lo que distinguió le dejó la boca seca.

Una mujer se disponía a meterse en cama.

No era Eva Seymour. Debía ser una amiga suya. Él aún no sabía que se llamaba Lorna.

Se estaba desvistiendo. Y por ver aquello se hubieran pagado las mesas a doscientos dólares en cualquier *burlesque* de Nueva York. ¡Diablos, qué mujer! ¡Y qué gracia en sus movimientos, como si supiera que la estaban mirando!...

Pero aquello era indigno de un *sheriff*. Se alejó, pretendiendo investigar en las otras habitaciones. Pero de repente se encontró en el enorme despacho-biblioteca de la casa.

Aquí sí que había puntos oscuros.

El gran número de bombillas no bastaba para iluminar bien la enorme extensión de aquella pieza. Además, se había querido dejar ex profeso puntos oscuros para darle ambiente. Guss lo repasó todo y vio, especialmente, las láminas que colgaban de la pared.

Tenía que ser Grant. Claro... El recordaba haber visto algunas fotos. Sí, sin duda era Grant.

Parecía mirarle a uno. Como si estuviera vivo.

Y aquella sensación de frío realismo. Aquel realismo puramente científico, que iba más allá de lo macabro... Como si estuviese vivo...

El *sheriff* Guss oyó entonces aquellos leves pasos a su espalda. Aquellos pasos casi imperceptibles, como los que produciría un extraño ser que apenas rozara el suelo. Se volvió.

Lo hizo rápidamente mientras llevaba la mano al revólver, con esa precisión que tienen todos los buenos alumnos de las escuelas de policía.

Pero no fue aún lo rápido que necesitaba ser. O quizá lo que vio le heló de tal modo la sangre en las venas que no hizo los movimientos que en otro caso hubiera hecho.

Lo único que pudo balbucir fue:

—No...

Y entonces sintió aquel frío en el corazón, aquel frío mortal, que llegaba hasta su sangre y le nublaba los ojos...

CAPÍTULO XVI

El teléfono sonó quedamente en la oficina vacía. Era un sonido ya familiar para Lane, quien desde su celda solía enterarse de todas las llamadas del *sheriff* Guss. Pero ahora el *sheriff* no estaba. Y el teléfono sonaba, dale que te dale, sin cansarse.

Tardó en recordar. Tardó unos segundos en darse cuenta de que era él quien tenía que contestar y de que para eso le habían dejado las llaves al alcance de la mano.

Pasó el brazo por entre las rejas, sujetó el manojó, eligió la llave que abría la puerta de su celda y la hizo girar en la cerradura, franqueándose la salida.

Vaya, resultaba estupendo.

Hasta entonces no se había atrevido a salir porque prefería no tener tentaciones. Pero ahora estaba obedeciendo las órdenes de Guss, por decirlo así. De modo que llegó a la oficina y fue a descolgar el teléfono, pero este ya había dejado de sonar.

Hizo un gesto de contrariedad y en ese momento volvió a oír el timbre. Ahora descolgó.

Una voz abrupta dijo:

—¡*Sheriff*!

Lane no quiso dar explicaciones. Murmuró:

—Diga.

—Necesito que me ayude. El bestia de Conan no quiere abrir su taller a pesar de que está en turno de urgencia nocturna. Tiene que remolcarme con una de sus grúas. Estoy parado a la entrada de la ciudad, frente al *drug* de Simmons. Me dijeron que mi coche estaba garantizado y ya, ya... ¡Infiernos! ¡Se ha roto la dirección! ¡Si eso me llega a pasar en la autopista, cuando voy lanzado, me mato! Bueno, ¿a qué espera? ¿No viene a obligar a Conan a abrir? ¿O voy a pasarme aquí toda la noche, bloqueando el camino?

En vista de que nadie le contestaba, el desconocido interlocutor de Lane bramó:

—¡Usted lo sabe mejor que yo! ¡No abrir un establecimiento cuando se tiene obligación de hacerlo es ir contra la ley!

—De acuerdo. Voy enseguida hacia allí. Trataré de ayudarle.

Pensó que era una tontería hacer volver al *sheriff* para eso. Él conocía a

Conan de antes de que le arrestaran, e imaginaba lo ocurrido. La televisión debía retransmitir algún combate de boxeo, y Conan estaría ante la pantalla, diciendo “ ¡Dale! ¡Dale! y atizando puñetazos al aire. Pero quizá él le convencería para que sacase la grúa.

Lo dejó todo como estaba y salió.

La noche era tranquila y apacible. Lástima de la niebla que empezaba a llegar en jirones, seguramente desde el lejano Delaware. Pero todo le parecía maravilloso al poder disfrutar otra vez de la libertad, al poder dirigir sus pasos hacia donde quisiera...

Fue al taller de Conan, pero antes tenía que pasar por delante del *drug* de Simmons.

Y allí vio el coche averiado. Un coche que conocía bien. Un Lincoln fuera de serie, fabricado para un hombre fuera de serie, un tipo que preguntaba la hora al vecino para no gastar su reloj.

Y el tipo en cuestión le estaba mirando a él. Había clavado en su rostro unos ojos desencajados e incrédulos, mientras ponía los brazos en jarras.

Lane dijo con un soplo de voz:

—¡Señor Bradford!

CAPÍTULO XVII

Fue el ruido del cuerpo al caer lo que se oyó en toda aquella parte de la casa. El silencio era tan absoluto que aquello pareció un verdadero estruendo. Instantes después se oían pasos alarmados en el largo corredor, en dirección al despacho.

La primera en entrar fue Lorna.

Lorna, que tanto había impresionado al *sheriff* Guss poco antes, llevaba encima una bata semitransparente y poco más. Su cuerpo de diosa resaltaba tentador a la luz contrastada del despacho. Fotografiada en una revista, hubiera hecho soñar a más de dos docenas de hombres.

Pero ahora Lorna no pensaba en si estaba tentadora o no. Ahora Lorna se había llevado las dos manos a la boca, mientras susurraba:

—Imposible...

Un hombre al que no conocía, pero que era joven y llevaba la estrella de *sheriff* sobre la camisa, además de un revólver al cinto, yacía en el suelo del despacho. Le habían apuñalado certeramente en el corazón, y de la herida brotaba sangre, pero Lorna tenía suficiente experiencia para saber que aquello era mortal. En realidad, el *sheriff*, se llamase como se llamase, había ya muerto. Tenía impresa en las facciones una expresión de absoluto estupor, de incredulidad, de miedo incluso. Y la derecha estaba casi cerrada sobre la culata del revólver, en un inútil gesto que no había llegado a terminar.

Lorna se apoyó, desalentada, en una de las jambas de la puerta. Y en ese momento alguien más entró.

Era Peter.

Detrás de él vinieron Eva y todos los demás. Casi en tromba. Todos habían oído el ruido, y más tarde el leve gemido de Lorna, y querían saber lo ocurrido.

Se detuvieron en el umbral.

Sus facciones, curiosamente, adquirieron todas el mismo color. Todas las caras se volvieron grises. Y de todos los labios entreabiertos surgió la misma expresión, que en aquel momento era la única que parecían capaces de fabricar sus cerebros paralizados.

—¡Nooooo...!

Fue Lancaster, quien vestía un pijama muy ancho, el primero que se atrevió a acercarse al cadáver. Primero clavó en él una mirada puramente profesional, como para asegurarse de que era un fiambre garantizado. Luego se fijó en la estrella.

—Es el *sheriff* de Gettysburg —susurró.

—¿Y... qué hacía aquí?

—Eso no lo sabemos. Pero lo único cierto es que está muerto. Que lo han matado aquí mismo. Y no hace de eso ni cinco minutos.

Paseó su mirada por todos, como si quisiera leer en sus rostros la secreta verdad.

Y todos resistieron aquella mirada excepto Eva Seymour. Quizá porque Eva Seymour era la que lo inició todo, la que les había reunido allí, no pudo resistir la insoportable tensión nerviosa.

Lanzó un grito y echó a correr. Todos oyeron sus frenéticas pisadas en el largo pasillo.

Echó a correr hasta perderse en su propio dormitorio.

De una forma maquinal la siguieron.

Parecía como si el instinto les aconsejara estar todos reunidos, no separarse. Y era verdad. Estando reunidos el peligro resultaría menor... Por eso fueron al dormitorio de Eva.

Encontraron a esta tendida en el lecho, llorando convulsamente. Viéndola así había muchas cosas en qué pensar, y no todas precisamente relacionadas con un crimen. Los tres hombres las pensaron, los muy malditos, y por eso se quedaron en el umbral, contemplándola a placer. Lorna fue la única que se acercó a su compañera.

—Eva... tienes que calmarte. Tienes que calmarte, por favor.

—¡No puedo! ¡No puedo! ¡Dejadme! ¡No puedo!

Alzó la cabeza. Tenía el rostro surcado por las lágrimas.

—¡No comprendo ni siquiera cómo han podido matarlo...!

—Pues es sencillo —dijo Peter—. Si te hubieras fijado mejor, habrías visto que el arma estaba aún junto al cadáver. Era un estilete delgado y tan agudo como un bisturí. Se lo han debido clavar dos veces y luego se lo han arrancado, dejándolo allí.

—¡No necesito detalles!

—¿Eres una profesora de anatomía o no? ¿Es que un bisturí te impresiona ahora?

Lorna susurró:

—Cállate, Peter. Es distinto.

—Lo comprendo. ¡Pero es que yo también estoy nervioso! —gritó—. ¡Yo tampoco puedo más!

Fue hacia el pasillo y aulló:

—¡Me largo!

Un brazo le cortó el camino. Era un brazo no ya demasiado fuerte, porque Lancaster era el más viejo del grupo. Pero tenía el suficiente vigor, y sobre todo la suficiente decisión, para inmovilizarle allí mismo.

—Un momento, Peter.

—¿Qué quieres? ¿Qué demonios te pasa ahora?

—No te vas a largar así como así.

—¿Por qué no?

—Eres tan sospechoso como los demás.

—¿Sí, eh?

Y fue a apartar bruscamente a Lancaster, pero Kent, dijo casi chillando también:

—¡Basta! ¡No resolveremos nada así! ¡Todos estábamos en nuestros dormitorios! ¡Yo parto de la base de que nadie es sospechoso! ¡Cada uno ha visto cómo salían los demás!

—Cierto —accedió Lancaster—, pero este es un asunto de todos. Nadie puede desertar ahora. Todos estamos metidos en el mejunje, todos estamos pringados. Hay que decidir lo que sea, pero sin escaparse por las buenas. ¡Ya basta de una vez! ¡Hablemos sensatamente y tomemos una decisión... pero ahora!

Peter que no podía evitar su nerviosismo, entró de nuevo en el dormitorio de Eva Seymour. Y allí dio rienda suelta a su rabia pegando puntapiés a todo lo que veía. A las paredes, a las lámparas, a los muebles... Sufría un auténtico ataque de histeria, pero los demás comprendieron que lo mejor era dejarle que se desahogara. Nada se conseguiría sujetándole ahora. En uno de sus puntapiés, envió por los aires el bolso de Eva, que estaba sobre una de las butacas.

Diversos objetos se derramaron y salieron volando. Una polvera, unos billetes, un permiso de conducir, una fotografía... Fue la fotografía lo que cayó casi a los pies de Peter. Y lo que hizo que su rostro reflejara una nueva expresión de asombro.

—Pero si este es Charlie —dijo—. Ese maldito golfo... De modo que Charlie... ¿Y llevas su fotografía, Eva? ¿Es que no tienes bastante con lo que pasó? ¿No habías roto con él...?

CAPÍTULO XVIII

Eva Seymour alzó la cabeza.

Las lágrimas aún corrían por su rostro. Los labios le temblaban.

—¡Déjale!

—Tienes que darme una explicación. Mejor dicho, nos la tienes que dar a todos.

—¡No os importa! ¡Es asunto mío!

Kent gruñó:

—Te equivocas. Efectivamente es asunto de todos, Eva. Ese condenado Charlie, ese estudiantino de tres al cuarto que no aprobaba con nadie más que contigo, y que no sé qué te había dado, nos robó a todos. Abusó de nuestra confianza. Falsificó nuestras firmas en actas universitarias para que le nombraran auxiliar de clínica. Y una vez allí llegó a venderse hasta los medicamentos del depósito. Era un indeseable, un auténtico cerdo. No comprendo ni cómo no lo viste antes. Le echamos a puntapiés, pero yo lo hubiera enviado a la cárcel. ¿Y aún sigue su retrato ahí? ¿Por qué?

Eva susurró:

—No sabía ni que la llevaba.

—¡Mientes!

Peter, que estaba loco de furor, casi se había abalanzado sobre ella. Lorna hubo de detenerle.

—No hay que ponerse así. Ya es bastante, ¿verdad?

Peter se calmó un poco, pero sus dientes aún seguían rechinando.

—Creí que Eva era más lista —murmuró al fin.

—Nadie le impide tener un retrato. Aunque sea como simple recuerdo de lo tonta que fue. —Pero...

—Lo que ocurre es que a ti te humillaba aquella situación —dijo Lorna certeramente—. Más vale que salga la verdad de una vez. A ti te gustaba Eva, y no podías soportar que un simple estudiantino, que además repetía curso cada año, se la llevara de calle. Pero eso es agua pasada. Si Eva fue tonta, lo pagó bien con lágrimas y con desengaños. Ahora lo que nos importa es otra cosa.

—Todo puede estar relacionado —musitó Lancaster.

Los rostros se volvieron hacia él como si formaran parte de un solo cuerpo.

—¿Queeeé...?

—Imaginad que ese tal Charlie, el muy maldito, siga a Eva a todas partes. Imaginad que haya venido aquí por pensar que en esta casa podrá verla a solas y tal vez reanudar una amistad que le convenía, ya que vivía de ella. Imaginad que ha visto al *sheriff*...

Todos palidecieron.

La voz ronca de Eva rompió el silencio al gritar:

—¡Eso es absurdo! ¡Callad de una maldita vez!

—Pero imaginémoslo.

—¿Y la pequeña?

—No, claro, a la pequeña no tenía por qué haberla matado él.

—¡Pues entonces...!

—Pero al *sheriff* sí. Los representantes de la ley siempre le produjeron asco y miedo.

—¡Dejaos de tonterías! ¡Todo eso es absurdo! ¡Dejaos de tonterías de una maldita vez! —gritó Eva Seymour.

Kent chascó dos dedos, produciendo un brusco sonido que hizo que todos clavaran sus ojos en él.

—Una cosa es cierta —murmuró.

—¿Cuál?

—Grant no puede haberlo hecho. Grant está soterrado. Si no es Charlie, ¿quién demonios puede ser?

—Uno de nosotros —balbució Lorna.

—¿Por qué? ¿Qué necesidad hay de acusarnos tontamente? Cuando la pequeña fue asesinada todos nos habíamos separado, lo reconozco. Aunque con muchas dificultades, porque fue cuestión de minutos, cualquiera de nosotros pudo haberlo hecho. Pero lo del *sheriff* de Gettysburg no. Prácticamente todos nos hemos visto salir del dormitorio. Todos hemos llegado casi juntos aquí. Acababa de sonar el ruido de su cuerpo al caer, y si alguno de nosotros mató a ese hombre no tuvo tiempo material para llegar hasta su dormitorio sin que le viéramos y volver a salir cuándo salían los otros. Si queréis, podemos probarlo. Podemos cronometrar los segundos.

Eva, que se había sentado al fin en el lecho, con gesto abatido, hizo una señal negativa con la cabeza.

—No —dijo—. No hace falta. Te doy la razón.

—Pues entonces hay que pensar en un elemento extraño...

—Sin duda, pero no es Charlie...

Peter apretó los puños.

—Yo voy a avisar al... al...

Y de pronto se detuvo. Notó que Kent le miraba fija y burlonamente.

—¿Ibas a decir que pensabas avisar al *sheriff*, Peter? Pues no te

molestes, hombre. Hala, ahí le tienes. Lo que sea puedes decírselo de viva voz.

—Alguien le sustituirá. Y si no llamaré por larga distancia. Llamaré a la policía del Estado.

Lancaster asintió:

—Es lo más sensato. No se puede seguir así.

Volvió al despacho y descolgó el teléfono, tras buscar en la guía el número del teléfono del *sheriff*. El timbre sonó y sonó al otro lado de la línea, pero nadie contestaba.

—Qué extraño... —murmuró colgando—. No hay nadie... Quizá no tenía un sustituto, después de todo. O quizá ese sustituto se haya ido con una *vedette* del teatrillo local. Volveré a llamar dentro de un cuarto de hora.

* * *

Lane había quedado atónito al ver al tipo que le aguardaba con su coche.

—¡Señor Bradford!

Bradford le miró como un bulldog hambriento al que de pronto acaban de enseñar un pedazo de carne.

—De modo que usted... ¡usted, maldito forajido! ¡Se ha escapado de la cárcel!

Y llevó la mano derecha a la funda sobaquera. Casi todo el mundo iba armado en el Sur. Un revólver aparecía instantes después entre sus dedos.

—Voy a enseñarle lo que es la ley, Lane. Aquí no tenemos piedad con los fugitivos. Voy a dispararle a una pierna y le dejaré cojo para toda la vida. Luego le arrastraré a la celda con mis propias manos. Le juro que no volverá a escaparse de ningún sitio, Lane.

Bradford estaba indignado, convulsionado. La papada que nacía entre su mandíbula y su cuello, como un buche, se movía temblorosamente.

Lane comprendió que el otro iba a disparar. Que no era broma lo que decía.

Pero aún intentó calmarle.

—No me he fugado, señor Bradford. El propio *sheriff* me ha dado la oportunidad de tomar los recados que hubiera durante su ausencia.

—¿Sí, eh?

Y tendió un poco más el brazo derecho, para apuntarle directamente con el revólver a las piernas.

Lo que sucedió a continuación dejó atónito a Bradford. Le dejó tan atónito que días después aún no había salido realmente de su asombro. Lane pareció volar por los aires. El revólver no llegó a dispararse. De repente el magnate se encontró por los suelos, con toda la parte derecha

del cuerpo inmovilizada y con la sensación de que iban a romperle no solo la columna vertebral, sino algo más precioso, su exclusivo reloj de ochocientos dólares.

—Bandido —masculló—. No pararé hasta que le vea en manos del verdugo, condenado perro...

Pero las palabras no parecieron impresionar demasiado a Lane, que le iba retorciendo el brazo izquierdo poco a poco, después de haberle obligado a soltar el revólver.

Bradford pensó que lo iba a liquidar allí mismo. Al fin y al cabo nadie les veía, en la gran calle solitaria. Sus labios temblaron al barbotar:

—Llévese la... la cartera si quiere... pero... pero no me haga nada.

Lane siguió torciendo el brazo.

—¿Qué pretende? ¿Rom... pér... me... lo?

—No. Solo pretendo saber la hora.

—¡Maldito! ¡Va a estropear me el reloj!

Lane le soltó la mano.

—Demonios, solo son las diez de la noche. Sí que se acuesta temprano aquí la gente.

Y, poniéndose en pie, dejó libre a Bradford, no importándole que este recuperara su revólver.

Bradford estaba lívido.

Se apoderó de nuevo de su arma, pero en ese momento vio que Lane se acercaba tranquilamente al coche, disponiéndose a levantar el capó.

—Y ahora veamos, ¿qué le sucede a su cacharro, señor Bradford?

—Pero—... ¿es que no piensa huir?

—El *sheriff* Guss me ha dado un encargo, y pienso cumplirlo. Es la primera vez que un policía se fía de mí y no voy a dejarlo en mal lugar. En cuanto él vuelva, me meteré de nuevo en la celda y me estaré quietecito allí. ¿Dice que se le ha roto la dirección?

Bradford estaba asombrado.

Bajó el revólver, que había alzado nuevamente y musitó:

—Sí...

—Pues, por lo que veo, la dirección no está rota, amigo. Usted cambió el volante hace poco, ¿no? —Exacto.

—Se le ha desajustado. Esto tiene un arreglo relativamente fácil. No hará falta que molestemos a Conan.

Y se puso a trabajar, ante la mirada recelosa del magnate, quien no acababa de fiarse.

Unos minutos después, Lane se frotó las manos, dando por terminada su tarea.

—Al menos podrá llegar a su casa, señor Bradford —dijo—. Mañana convendrá que haga una reparación más completa, pero lo principal ya

está arreglado.

Bradford seguía mirándole con asombro.

—¿Y usted? —gruñó—. ¿Qué va a hacer?

—Volveré a la oficina del *sheriff*.

—¿Cómo sé yo que no escapará?

—Podía haberlo hecho antes, si hubiese querido, ¿no?

—Eso está por ver. No me había vencido, ni mucho menos.

—En ese caso vigíleme si quiere —murmuró Lane, encogiéndose de hombros.

—¡Claro que sí! ¡Maldita sea! ¿Y lo duda?

—Pues en ese caso estoy en buenas manos. Hala, vigíleme todo lo que quiera. ¿Viene a la oficina del *sheriff* o no?

Bradford aspiró aire, se hinchó como si fuera a estallar y de pronto masculló:

—¡Vamos...!

Los dos subieron al coche y fueron hasta la cercana oficina. Una vez allí, lo estacionaron y entraron en el local. Todo estaba vacío y tranquilo. En torno a la luz demasiado intensa que había sobre la mesa, holgazaneaban unas cuantas moscas.

Bradford gruñó:

—Vaya, hombre... ¡la luz encendida cuando no hay nadie! ¡Y los contribuyentes la pagamos con nuestro dinero!

Fue entonces cuando el teléfono volvió a sonar.

* * *

Peter después de hablar, depositó lentamente el aparato en la horquilla.

—Hay un ayudante del *sheriff* —dijo—. Bueno, una especie de ayudante. No me ha aclarado nada en ese aspecto. Al principio parecía como si no estuviera dispuesto a moverse de allí ni aunque sobre Gettysburg fueran a lanzar una bomba H. Pero en cuanto le he dicho que Guss estaba muerto, se ha impresionado mucho. Me ha asegurado que vendría enseguida. Y que procuraríamos no tocar nada absolutamente.

Todos los demás, que se habían reunido en el despacho, saliendo del dormitorio de Eva Seymour, le escuchaban en un expectante silencio.

Sus facciones —las de todos—se habían vuelto casi grises. Hasta las dos mujeres parecían menos hermosas, y eso que llevaban unas combinaciones de casi perfecta transparencia. O al menos nadie se fijaba en ellas ni pensaba en lo distinto que pudo haber sido todo, caso de no imperar allí aquella atmósfera macabra.

Peter se dejó caer en uno de los asientos. Su mirada estaba perdida, vagaba por la habitación sin posarse en ninguna persona y en ningún objeto.

Kent se acercó a él.

—¿Pero qué demonios te pasa? Estás más desanimado que antes. No sé a qué viene ese hundimiento, Peter. Espera a que venga el ayudante del *sheriff* y lo aclare todo. Nosotros, con decir la verdad, tenemos bastante. No nos van a meter en la cárcel por eso. Que averigüen lo que quieran respecto a ese monstruo de Grant. Después de todo, legalmente no nos pueden acusar de haberlo matado porque era un hombre que ya no existía.

Peter hundió la cabeza entre los hombros mientras su actitud se hacía más abatida, más derrotada cada vez.

—No es eso —susurró.

—¿Pues entonces qué?

—Tengo la sensación de que habrá más muertos. De que los demás también iremos cayendo poco a poco.

La frase pareció soplar como una corriente de aire helado por la habitación. Todos se estremecieron y se miraron. Durante unos segundos, no hubo allí nadie que se atreviera a hablar.

Al fin Lorna susurró:

—Eso es una tontería. ¿Quién puede tener interés en acabar con nosotros?

—No lo sé.

—Los crímenes no se cometen porque sí. Los crímenes obedecen a una lógica.

—No los que cometía Grant.

—Pero Grant estaba loco...

—¿Y quién nos garantiza que no hay otro loco aquí? ¿Quién nos dice que no vamos a ser asesinados sin razón alguna?

Todos volvieron a mirarse. Eva Seymour fue la primera en reaccionar. Dio unos pasos por la estancia.

—No debemos dejarnos, llevar por la fantasía —dijo—. Hay que esperar... Propongo que estemos tranquilos hasta que llegue ese hombre. Reunidos aquí o cada uno en su habitación. Como os parezca... Pero nada de perder los nervios. Dejar de creer que van a matarnos uno a uno, como si hubiera un complot contra nosotros. ¿Un complot, por qué?

Aquellas palabras, dichas con un tono natural, tuvieron la virtud de tranquilizarles. Hasta el mismo Peter alzó la cabeza y trató de sonreír. Dijo, encogiéndose de hombros:

—De acuerdo. Que cada uno haga lo que quiera. Yo, por mí parte, voy a intentar dormir...

Lorna dijo pícaramente:

—¿Solo?

Todos rieron. Todos supieron adivinar que en aquella frase de la hermosa doctora no había ninguna insinuación, ningún sentimiento

equivoco. Simplemente con ello había pretendido descargar la tensión, y lo había conseguido. ¡Vaya si lo había conseguido! Inmediatamente pareció como si allí ya no hubiera ningún muerto. Los ojos de los tres hombres se clavaron, con cierta secreta complacencia, en los cuerpos esculturales de las dos mujeres.

Se dirigieron al vestíbulo, pero allí estuvieron solo unos instantes. Lancaster fue el primero en ponerse de nuevo la pipa en los labios y decir sosegadamente:

—¿Vamos a recibir de este modo al ayudante del *sheriff*? Estamos todos en ropa de cama. Yo voy a cambiarme. ¿Vosotros, no?

Las mujeres, sobre todo, se miraron a sí mismas. Con la tensión del momento, nadie había pensado en eso. Eva Seymour rio.

—Es verdad... Estamos vestidas como para recibir una visita de otra clase.

Fue ella la primera en subir riendo las escaleras.

Los hombres la siguieron enseguida, porque ninguno quería perderse el espectáculo.

Lancaster fue, sin embargo, el que menos entusiasmo tuvo por eso. Era el más reflexivo, el que más cuenta se daba de la importancia que iba teniendo aquella situación. Y existían detalles que quería averiguar. Como había dicho Peter, él también pensaba que los crímenes podían repetirse y que ellos serían las víctimas.

Quería dar la vuelta completa a la casa. Y buscar las huellas de un posible asesino.

De modo que se cambió rápidamente en su dormitorio. Y poco después volvía a salir.

Las dos mujeres también hicieron lo propio. Las dos se vistieron para pasar el resto de la noche en pie, pues era completamente seguro que no podrían volver a acostarse.

El espectáculo de aquellas dos maravillas poniéndose sus prendas íntimas hubiera arrancado alaridos de entusiasmo a mucha gente. Pero nadie lo vio.

¿Nadie?

¿No flotaban unos ojos misteriosos en la casa? ¿No había una sombra —una sombra distinta— deslizándose pegada a las paredes?

Eva Seymour fue la primera en salir. Miró a un lado y otro del largo pasillo.

No se veía a nadie. Un silencio agobiante, impenetrable, se había adueñado otra vez de la casa.

Eva avanzó hacia la habitación que había al fondo de aquel pasillo y en la que no se guardaban más que unos cuantos muebles viejos. Por aquella habitación se salía a una terraza que permitía dominar gran parte del

jardín y del parque.

Eva Seymour hizo allí algo muy extraño, algo que al parecer no tenía sentido.

Del interior de su falda extrajo un largo y delgado cuchillo, que dejó sobre una de las mesas.

Luego desapareció silenciosamente.

CAPÍTULO XIX

Era cierto que Lancaster no se fiaba. Quería saber lo que había detrás de aquello, detrás de unos crímenes que aparentemente no tenían explicación.

Atravesó la habitación donde solo había unos cuantos muebles inservibles, al final del pasillo, y salió a la terraza. Desde allí se divisaba una gran parte del jardín y del parque delantero, pero esta noche las condiciones no eran normales. Había demasiada niebla. Los girones flotaban ya en el aire, lo llenaban todo. Resultaba imposible distinguir nada a seis u ocho pasos.

Pero Lancaster hizo un esfuerzo.

Intentó mirar por entre los árboles, ver si se distinguía algo; rozó la baranda por si existían señales de que alguien hubiera pasado por allí.

Estaba tan embebido en esta tarea que no se dio cuenta de que acababa de producirse un crujido a su espalda.

Un leve crujido en la habitación donde no debía haber nadie, entre los viejos muebles inservibles, entre el silencio que parecía haberse amontonado allí durante varias generaciones.

Lancaster seguía obsesionado por las copas de los árboles, por las volutas de niebla.

No vio la sombra a su espalda.

No vio nada hasta que el largo y fino estilete orilló a menos de un paso de su cuerpo.

Entonces intentó volverse, al oír como un leve gruñido de animal al acecho.

Pero era demasiado tarde. El estilete ya estaba en camino. Ya buscaba la zona cardíaca.

El choque fue rápido, brutal. Normalmente esas heridas no producen dolor, pero Lancaster lo sintió. Tuvo la sensación de que le abrasaban los pulmones. Unas gotitas de sangre asomaron instantáneamente en su boca.

Pero no fue eso lo que deformó su rostro. Lo que le dio aquella expresión patética y alucinada fue el asombro. Una luz de horror pasó por sus ojos. La última luz...

Sus labios apenas modularon unas leves palabras.

—No puede ser...

Y cayó pesadamente, bañándose en su propia sangre.

* * *

La sombra se deslizaba sinuosamente por el largo corredor.

No era una sombra siniestra, sino todo lo contrario. Mucha gente hubiera dado algo por encontrarse sombras como aquella en los pasillos solitarios. Era suave, tentadora y dulce. La sombra de una mujer de campeonato, porque una mujer de campeonato era Eva Seymour.

Se dirigió al otro lado de la casa, donde sabía que nadie iba a molestarla.

Desde la ventana de una de las buhardillas había visto abajo, en la terraza, el cadáver de Lancaster. Y eso la había dejado perfectamente tranquila, como un suceso lógico y esperado.

Entró en otro despacho donde había una línea de teléfonos interiores. Descolgó el auricular.

El otro lado de la línea estaba en el piso superior, en las buhardillas, donde antaño vivió la servidumbre. Allí producía un tlac tlac leve y monótono. Bastaba para que los criados lo tomaran y preguntasen qué se quería de ellos.

Pero ahora no lo tomó un criado. No había servidumbre allí. Fue una mano dura, maciza, la que descolgó el auricular. Una mano en la que aún había una leve mancha de sangre.

Eva Seymour oyó un leve susurro al otro lado del hilo. No pudo decir si había sido alguna palabra o simplemente el ritmo de una respiración alterada.

Musitó:

—Charlie...

La voz lejana, inexpresiva, remota, le contestó simplemente:

—Sí.

—Oh, Charlie, ya veo que has acabado con Lancaster... Te dejé el cuchillo donde convinimos. Ahora necesitarás otro.

La voz lejana, inexpresiva, remota, volvió a decir:

—Sí.

—Te lo dejaré en el sótano. He traído varios de esos cuchillos en mi maleta.

Nadie le contestó ahora.

Eva Seymour dijo en voz baja, pero tensa:

—Todos esos cuchillos tienen las huellas dactilares de Grant, que constan en los ficheros de la policía. Y las obtuve grabándolas en relieve sobre un tejido poroso, parecido a la piel humana, cuando Grant aún vivía y las he dejado marcadas en cada empuñadura. Tú solo debes preocuparte

de emplear guantes para no dejar tus huellas, pero al mismo tiempo procurando no borrar las que ya existen.

La voz dijo lentamente:

—Claro...

—De ese modo, cuando la policía inicie una investigación, buscará exclusivamente a Grant, que no existe. Nosotros lo matamos. Está emparedado en los sótanos de la casa.

—Bien...

—Charlie, hablas muy poco. ¿Es que tienes miedo de que te oigan?

—Sí.

—Lo comprendo. Yo misma no debería hablar tanto. Pero es que no puedo, Charlie. Siento unos deseos terribles de estar contigo, de que me beses, de que no exista nada más que nuestro amor... No soy una niña. ¡Pero lo que siento no lo había sentido nunca! Creo que voy a volverme loca si esto no acaba pronto. Si no podemos ser felices los dos...

Eva Seymour dijo eso impulsivamente, sin pensar en que alguien podía oírla, sin darse cuenta de que no estaba sola en la casa.

Y entonces aquella voz murmuró:

—Debe estar muy enamorada...

Eva se volvió de pronto.

Su rostro tenía una expresión tan asustada como si a sus espaldas acabara de oír el silbido de una víbora.

Colgó.

Su mano temblaba ansiosamente al depositar el auricular sobre la horquilla.

Sin embargo, el hombre que ahora estaba tras ella no infundía ningún temor. Era, por el contrario, un hombre agradable, joven. Vestía sencillamente, pero en su rostro había algo sereno, reflexivo. Se adivinaba instintivamente que era un intelectual, lo cual no estaba reñido con ser al mismo tiempo un hombre de acción. Eva pensó que debía haber oído únicamente la última frase.

Pero ya era bastante, pese a ser la frase menos comprometedora.

—¿Quién es usted? —balbució—. ¿Qué hace aquí?

—Ustedes me han llamado.

—¿Qué absurdo es ese?

—Ningún absurdo. Soy el ayudante del *sheriff* Guss.

Eva le miró con los ojos muy abiertos, asombrada, con una expresión que reflejaba absoluta incredulidad.

—¿Usted es el ayudante de Guss? ¿Y dónde están su revólver y su insignia?

—Quizá deba decirle que soy un ayudante un poco especial. Guss acababa de nombrarme.

Eva Seymour arqueó una ceja. Se iba serenando poco a poco al comprender que, desde luego, él solo debía haber oído la última frase que en cierto modo no era comprometedor. Pero había estado a punto de perderse al cometer la imprudencia de hablar por teléfono desde dentro de la casa. Charlie había tenido razón al contestar solo con monosílabos. Era ella la que acababa de fallar.

Pero con un admirable dominio de sí misma, preguntó:

—De modo que acaban de nombrarle... Deberé creerle. ¿Pero cómo ha entrado aquí?

—Por una ventana abierta.

—¿Entra usted siempre por las ventanas, señor...?

—Llámeme Lane.

—¿Entra usted siempre por las ventanas, señor Lane? ¿No sabe llamar a la puerta?

—Estoy realizando una investigación, no una visita de cortesía. ¿Quién es la dueña de la casa?

—Yo.

—¿Usted es Eva Seymour?

—¿Lo duda?

—No lo dudo. ¿Pero quién es Charlie?

—¿Charlie...?

—No se haga la tonta. El tipo con quien usted hablaba. Le he oído mencionar perfectamente su nombre.

—¿Solo ha oído eso?

—Solo eso. Y ahora dígame quién es. Suelte todo lo que sepa sobre ese bendito Charlie.

—¿Están hablando de ese tipo?

La voz había sonado detrás de ellos, y por lo tanta los dos se volvieron. Era una nueva pareja la que acababa de entrar en la habitación. Una mujer suculenta, con expresión inteligente, y un hombre relativamente joven, bien vestido, con una cierta expresión de profesor universitario.

Lane aún ignoraba que se llamaban Peter y Lorna. Ninguno de los dos se presentó.

Parecían muy excitados, sobre todo Peter, al oír mencionar el nombre de Charlie.

Balbució:

—¿Eva hablaba con un tipo llamado así?

—Exacto —dijo Lane—. No creo que sea ningún secreto. Hablaba por ese teléfono.

—¿Con Charlie?

—Yo oí ese nombre.

Peter, demudado, avanzó hacia Eva.

Apretaba los puños furiosamente. Parecía como si de un momento a otro fuera a golpearla.

—De modo que no rompiste con ese tipo... De modo que sigues liada con él.

—¡No tienes ningún derecho a pedirme explicaciones! ¡Yo soy una mujer soltera! ¡Hago lo que quiero!

—¡Pero Charlie está aquí!

Ella no negó ni afirmó. Se encogió de hombros.

Pero por dentro temblaba. Se daba cuenta de que había cometido un terrible error, que podía echarla todo a rodar. Charlie había cometido tres crímenes. Tenía que cometer varios más. Siempre bajo su dirección. La única posibilidad de éxito consistía en que nadie supiera que estaba allí. Pero si lo sabían... Peter la zarandeó.

—¡Dime dónde está ese golfo! ¡Dímelo de una vez, maldita!

—¡No lo sé! ¡He hablado con él por pura casualidad! ¡No sé dónde está!

Peter iba a seguir zarandeándola, pero de pronto alguien se lo impidió. Aquel individuo recién venido, el que decía ser ayudante del *sheriff* Guss, tenía una fuerza enorme. ¡Demonios si tenía fuerza! En un momento lo apartó de Eva. En un momento lo situó, casi sin violencia, en el otro lado de la habitación.

Eva se mostró agresiva. Quiso dar una escena para que se olvidaran de Charlie. Fue a saltar sobre Peter.

—¡Charlie no es un chulo! —gritó—. ¡Nunca lo ha sido! ¡Retira esas palabras, imbécil!

—¡Es un chulo y además algo peor! ¡Puede ser un asesino!

Eva fue a arañarle. Las uñas se clavaron en la cara de Peter.

Y de pronto ocurrió algo que nadie esperaba. Aquel extraño ayudante del *sheriff* sujetó a la mujer. La levantó materialmente por los aires y la lanzó igual que un fardo encima de una butaca. Eva Seymour quedó sentada piernas arriba, ofreciendo un panorama de esos que hacen que se pare hasta un reactor. Pero, pese a todo, lo más notable era su cara de asombro, una cara donde la furia se mezclaba a la incredulidad.

—¿Cómo se ha atrevido a...? —barbotó.

—No quiero escenitas aquí, muñeca. De modo que bájese la falda, si es que sabe, y vaya a su habitación. Los quiero a todos encerrados antes de dos minutos. Encerrados bajo llave y con las ventanas bien aseguradas. El resto de la casa lo quiero para mí. Voy a investigar a mí modo, sin que nadie me estorbe. Y si alguien sale sin mi permiso, se expone a otro golpe como este o algo peor. ¡De modo que ya lo saben!

Todo el mundo, pues ahora también Kent había acudido a la habitación, estaba intimidado. No esperaban que aquel desconocido ayudante del *sheriff* mostrara tanta energía, y no respetara ni siquiera a la

dueña de la casa, a Eva Seymour. Lo curioso era que aquel tipo recordaba más a un delincuente que a un agente de la ley; quizá por eso resultaba más temible.

Lane se volvió hacia la puerta.

—¿Están todos aquí? —murmuró.

—¿Cómo...?

—Pregunto que si falta alguien.

—Falta... Sí, es cierto, falta Lancaster.

—¿Dónde está?

—No lo sabemos. Pero no le extrañe que no haya aparecido porque ese es un tipo solitario. Quizá esté investigando por su cuenta en lo que antes era el jardín de la casa.

Lane arqueó una ceja.

—Me gustaría enviar a alguien en, su busca, pero con eso solo conseguiría disgregarlos más —dijo al cabo de unos instantes—. De modo que de eso me encargaré yo. Vayan cada uno a su habitación. Ah...

Cuando iban a obedecerle, añadió:

—Quiero que alguien me explique quién es Charlie.

Eva tembló.

Se había puesto en pie y se bajaba la falda con manos inseguras, mientras miraba a Peter con odio.

Porque era Peter el que estaba hablando. Era Peter el que se despachaba a gusto.

—Charlie es un mangante de la peor especie —dijo—. Tenía treinta años y aún se arrastraba por la universidad, en tercero o cuarto de Medicina. Y además era un puerco. ¡Eso es! ¡Un puerco! Como ya conocía la facultad mejor que nosotros, le pusimos en la clínica, como encargado de noche. Se vendió los medicamentos del depósito. Y no era solo eso. Iba desvergonzadamente detrás de Eva Seymour, pese a ser ella una profesora. No solo consiguió que le aprobase, sino que le pidió dinero. ¡Y ella, la muy idiota, se lo dio! ¡Ella, una mujer con un talento superior, que debía estar por encima de todas esas idioteces! Pero lo que le ocurre a Eva Seymour es que tiene cerebro de universitaria y cuerpo de zorra. Lo que le sucede es...

—¡Basta! —gritó Lane—. ¡Basta, de una maldita vez!

Peter se calló.

No quería exponerse a que aquel tipo le largara un guantazo con sus puños de gigante.

Masculló:

—Usted me ha preguntado quién es Charlie y yo se lo he dicho. Y le añadiré que las cárceles están llenas de tipos como él.

—Lo sé.

—Lo dice de un modo que parece como si usted hubiera pasado en la

cárcel media vida.

—No digo que no. ¡Y ahora basta de charla! ¡Todos a su habitación! ¡Todos encerrados, maldita sea!

Obedecieron.

En parte por la sensación de energía que se desprendía de aquel hombre y en parte porque estaban asustados, obedecieron enseguida. Cada uno de ellos se encerró en su habitación. Lane oyó el chirriar de las llaves cerrando por dentro.

Luego avanzó por el pasillo.

Sus ojos sufrieron una sacudida al ver el cadáver de Guss, como si le viera por primera vez. Y en realidad no era así. En realidad ya lo había visto al entrar en la casa, por una de las ventanas de la planta inferior.

Junto al cadáver estaba Bradford.

Bradford tenía en la mano su revólver chato (chato como él), pero esa mano le temblaba.

—No lo haga más, Lane —balbució.

—¿Hacer qué?

—Dejarme al lado de un cadáver para que lo vigile mientras investiga por ahí. Me he puesto muy nervioso.

Lane se pasó una mano por los ojos y hundió la cabeza, como si de repente se sintiera terriblemente cansado.

—No acabo de creerlo... —susurró—. Cuando he venido aquí, creía aún que el de la llamada telefónica estaba mintiendo, Guss ha muerto... No lo entiendo, de verdad... No lo entiendo...

Bradford masculló:

—¿Sabe una cosa, Lane?

—¿Qué?

—No intente marchar. Soy capaz de disparar contra usted, de acribillarle si se larga.

Estoy decidido a llevarle otra vez a la cárcel cueste lo que cueste.

Lane dijo burlonamente:

—Ya sé que es usted un ciudadano honrado, señor Bradford.

—Soy algo más que eso: soy un político.

—¿Y qué tiene que ver la política conmigo?

—Aspiro a ser alcalde de Gettysburg. No me faltan méritos para ello, desde luego. No, no me faltan de ningún modo.

—¿Por qué me cuenta eso?

—Porque yo seré el hombre que le vuelva a meter entre rejas, Lane. Usted, el único delincuente que ahora tenemos en Gettysburg. Eso me dará notoriedad en la población. Aquí, la gente, ¿sabe? es muy impresionable. Habré demostrado ser un hombre enérgico. Uno que, además de tener dinero, tiene energía. Justo el tipo de hombre que la ciudad necesita.

Lane le miró socarronamente, mientras en sus labios se dibujaba una casi imperceptible sonrisa.

—De modo que yo le voy a servir de campaña electoral, vamos.

—Algo así.

—Y será capaz de disparar si me fugo.

Las facciones de Bradford se endurecieron.

—Está usted advertido, Lane.

—Pues yo también voy a advertirle una cosa, señor Bradford: No tenga miedo porque no me fugaré. En el Oeste soy un escritor de cierto renombre, pero antes he pasado por muchas cosas en la vida. Y la policía no se fiaba de mí, ¿sabe? Los hombres que están investidos de autoridad no se han fiado nunca de mí. Solo Guss, que me dio libros durante mi encierro y procuró tratarme siempre como a un amigo. Por eso le digo: no trataré de huir, señor Bradford. Y vengaré a Guss cueste lo que cueste. Daré con el hombre o la mujer que lo mató.

Salió a grandes zancadas de la habitación, dirigiéndose a otra que había al fondo del pasillo, y más allá de la cual se distinguían las formas difusas de la noche como si hubiera una terraza.

Y fue entonces cuando sus pies tropezaron con aquella cosa blanda, fofa, que no era sino un cadáver.

* * *

Lane se inclinó sobre él.

Recordaba haber visto aquel rostro en alguna revista de actualidad y tal vez también en alguna revista, científica. El cadáver que tenía bajo sus dedos era el de un hombre que ya bordeaba la cincuentena, pero que se había conservado muy bien hasta entonces. Junto a él yacía una pipa ya apagada. Le habían alcanzado certeramente en el corazón.

Tenía que ser Lancaster.

Lancaster, el único que faltaba cuando todos se reunieron en torno a Eva Seymour.

Comprobó que ya nada podía hacer por él y regresó al despacho. Bradford no se había movido de allí. Estaba serio y digno, como para hacerse una fotografía... Si le llegan a quitar el revólver de la mano y ponerle un libro, queda perfecto. Cualquiera diría que acababa de tomar posesión de la alcaldía de Gettysburg y aquel era su despacho.

—¿Qué pasa? —murmuró—. ¿Usted por aquí otra vez?

—¿Cree que este es el único muerto?

—Pues... pues...

—Hay otro fuera.

—¿Quién...?

—Lancaster.

Bradford dijo, apenas con un soplo de voz:

—Diablos...

—Voy a comunicarlo a esos otros —dijo Lane—. Tienen que saberlo. La muerte de Lancaster cambia bastante las cosas.

Se dirigió al corredor y llamó a una de las puertas. No sabía quién estaba tras ella, pero era igual. Lo mismo importaba comenzar dando aquella macabra noticia a uno que a otro.

La puerta se abrió.

Unos brazos largos y mórbidos fueron hacia su cuello envolviéndolo en ellos. Y unos labios pulposos y ardientes buscaron su boca.

CAPÍTULO XX

Lane estaba asombrado. Había esperado cualquier cosa menos aquello. Pero no le hubiera importado repetir.

—¿A qué viene este regalo? —musitó.

Lorna se sentó en una butaca frontera y cruzó las piernas.

—Es que yo soy una mujer muy directa —dijo.

—Ya lo veo.

—Me he pasado la existencia entera viendo cómo los vivos se transformaban de repente en muertos. Me he dado cuenta de que la vida es una cosa solo circunstancial, que ahora tenemos y mañana no. Eso parece una tontería, dicho así, pero resulta que es una verdad tremenda que nadie tiene en cuenta. Por eso me propuse hacer las cosas como si me hubiera de morir mañana.

—¿Y el besar a los desconocidos forma parte de ese programa?

Lorna rio. Tenía una risa pastosa y enervante, que invitaba a pensar muchas cosas.

—Tú me has gustado —dijo—, y como a lo peor dentro de diez minutos no existes, he preferido demostrártelo.

—Pues qué bien...

—Me has gustado por tu plante. Pero también porque pusiste a Eva Seymour en su sitio.

—¿Te ha parecido bien que la enviara por los aires?

—Lo necesitaba; le has hecho un bien. Está loca con ese tal Charlie. Ya era hora de que alguien empezara a quitárselo de la cabeza, aunque fuera a golpes.

Y Lorna calló. Lorna se quedó muy quietecita, como una buena chica, para que él la mirase.

—Además te conozco —dijo al cabo de unos instantes.

—¿Sí?

—He leído uno de tus libros. El de aquella pareja de millonarios que emigran al Oeste para conocer la tierra en que sus padres hicieron la fortuna que ahora disfrutaban ellos. El libro me gustó. Y tenía tu foto en la contraportada.

—El libro no se vendió demasiado bien —susurró Lane—. En este país tan materialista mucha gente no comprende que dos millonarios sientan

deseos de volver al pasado. En fin, puesto que somos algo así como viejos amigos te diré algo más: Estoy tratando de escribir un libro sobre el Sur, y para eso voy conociendo no solo sus palacios, sino también sus cárceles. Acabo de salir de la de Gettysburg. No soy el ayudante del *sheriff* ni nada. Simplemente le sustituyo porque él me lo pidió.

Lorna le miró con curiosidad, mientras descruzaba las piernas.

—Ya me lo imaginaba... No tienes pinta de policía. ¿Pero qué has venido a decirme? Tú has entrado aquí por algo, ¿no?

—Han matado a Lancaster.

Lane dijo aquello con toda la brutalidad de que fue capaz. No le afectó demasiado el gesto de horror de la muchacha. Por unos momentos Lorna, muy pálida, no fue capaz de hablar.

—¿Dónde lo han matado? —balbució al fin.

—Su cuerpo está en esa terraza que hay al final del pasillo. La que forma ángulo en la casa...

Dios santo...

—Creo que deben saberlo todos.

—¿Cómo le han matado?

—Igual que al *sheriff*.

Lorna echó la cabeza hacia atrás. Tuvo que cerrar los ojos porque se sentía mareada.

—Díselo a todos —susurró al fin—. Sí... Es preciso reunirlos y que lo sepan...

—Pero no quiero que se disgreguen. Cada vez que uno de vosotros se separa del grupo, corre un peligro de muerte.

—Reúneles en esta misma habitación. Aquí están tan seguros como en cualquier otro sitio.

Lane no respondió. Salió directamente de la pieza y llamó con los nudillos a las puertas de las otras. Unos momentos después tenía allí reunidos, además de Lorna, a Eva, Kent y Peter.

Todos estaban muy nerviosos. Peter, sobre todo, no se podía aguantar más. Sus manos temblaban y parpadeaba continuamente.

Lane no guardó ceremonias.

Dijo directamente y sin rodeos que habían matado a Lancaster. Que seguramente el crimen ocurrió mientras estaban reunidos hablando de Charlie, o tal vez unos minutos antes. Un error de ese tipo era muy fácil cometerlo cuando solo había podido examinar el cadáver a oscuras. Pero la cuestión del horario era muy importante, porque si lo habían matado mientras estaban todos reunidos; ninguno de ellos era culpable. En cambio si lo habían matado antes...

Miró los rostros uno a uno. Un clima de tensión insoportable se había formado en la habitación. Peter sudaba copiosamente, a pesar de que allí

no hacía calor.

Se retorció los dedos con desesperación, hasta que al fin estalló:

—Lo de Lancaster cambia las cosas —dijo—. Y os juro que en cierto modo lo esperaba. Lancaster era uno de los nuestros.

Lane le miró con curiosidad.

—¿Dice que lo esperaba? ¿Por qué?

—Lo acabo de decir. Era uno de los nuestros.

—No le entiendo.

Peter fue a decir algo. Se le adivinaba tan nervioso que era capaz de soltar todo lo que llevaba dentro. Pero Kent saltó casi sobre él, tratando de taparle la boca.

—¡Calla! —masculló—. ¡Calla, maldito! ¡Tú no tienes nada que decir! ¡Tú no recuerdas nada! ¡Aquello fue solo cosa nuestra! ¡Suposiciones, viles suposiciones sin importancia!

Lane sujetó a Kent, lo alzó entre sus hercúleos brazos sin aparente esfuerzo y lo envió al otro lado de la habitación con un empujoncito que parecía insignificante, pero que tuyo la fuerza de un huracán.

Kent comprendió que no tenía más remedio que callarse. Pero jadeó lastimosamente, mientras dirigía a Peter miradas de ira.

Peter, más nervioso cada vez, exclamó sollozando:

—¡Lo diré todo! ¡Lo diré todo de una vez, maldita sea! ¡Conviene que se sepa lo del dinero! ¡Esa puede ser la causa de todo! ¡De todo!

—¿Qué dinero? —murmuró Lane.

—El de Grant.

—Hábleme de Grant.

Él ya sabía bastantes cosas sobre aquel extraño experimento, que un día ocupó páginas en las revistas especializadas más importantes de los Estados Unidos. Pero luego todo se había disuelto en el misterio, como si los autores hubieran fracasado y preferido no hablar más. Ahora, comprendía Lane por qué no se volvió a hablar. Ahora entendía por qué todo fue diluyéndose en una especie de impenetrable secreto.

Peter soltó todo lo que sabía sobre Grant. Todo. Estaba tan asustado que ya no podía callar. Sus compañeros, sobre todo Kent, le miraban con desprecio y con odio. Pero él ya estaba lanzado por aquel camino y no podía volver atrás.

Dijo incluso el sitio en que estaba emparedado, en los sótanos de aquella misma casa.

Lane que le había escuchado con atención, simuló no impresionarse demasiado por el relato, aunque algunos detalles le habían helado la sangre en las venas. Musitó después:

—No me ha hablado del dinero.

—Es sencillo... Grant tenía ambiciones. Pensaba como un ser humano,

pero como uno de esos seres humanos que deberían no haber nacido.

—Siga.

—No mataba solo por impulso, no... El muy cerdo también tenía sus ambiciones perfectamente calculadas. El crimen que cometió después de resucitarlo nosotros le reportó un millón de dólares.

—¿Cómo...?

Lane casi había gritado al preguntar aquello. Estaba sinceramente asombrado.

—Fue un asesinato seguido de robo —dijo Peter—. Nosotros lo supimos luego. Cuando vimos el millón.

—¿Y qué hicieron con él?

Peter miró entonces a Kent, como si ahora, de repente, sintiera miedo de continuar.

Pero Kent escupió al suelo con desprecio.

—Ahora ya no puedes parar. ¡Dilo todo de una vez, idiota! ¡Dile lo que hicimos!

—Ese dinero está depositado en un lugar que solo nosotros sabemos —murmuró Peter con voz desmayada.

—¿Con qué objeto?

—Muy sencillo: Con el objeto de devolverlo.

—¿Y por qué no lo hicieron antes?

—Porque teníamos que explicar lo del crimen cometido por Grant —dijo Peter, con una aplastante lógica—; Porque teníamos que explicar también todo lo que con Grant había sucedido. Era poner al descubierto algo que nos podía costar no solo la carrera, sino también enviarnos a la cárcel. Decidimos no hacer nada por el momento. Con el tiempo el asunto se iría suavizando... El transcurso del tiempo nos favorecía. Y mientras tanto quizá diéramos con una solución.

—¿Por eso se habían reunido aquí esta noche?

—Sí. Para buscar una solución.

—¿A lo del dinero también?

Peter vaciló.

—Bueno, si he de decir la absoluta verdad, del dinero no se había hablado aún —murmuró—. Pero era una cosa inevitable, una cosa que vendría después. Lo que más nos preocupaba era lo de Grant. Lo del dinero era algo así como la segunda parte.

Lane hizo una mueca que parecía una sonrisa.

—Pues parece que a su amigo Kent no le ha hecho mucha gracia —dijo—. Parece como si él hubiera tenido intención de no hablar del dinero para no devolverlo a nadie.

Kent masculló:

—¡Lo que yo no quería era que se hablase de Grant! ¡Es algo que nos

perjudica! Pero lo he dicho porque el dinero está detrás de todo esto — murmuró Peter, acobardado—. Lo he dicho porque hace falta que se sepa. No es Grant el que nos mata, porque Grant está muerto. Es uno de nosotros. Alguien que trata de eliminarnos para quedarse él solito con el millón de dólares.

Una corriente de aire frío pareció pasar por la habitación. Peter continuó, acusadoramente:

—Aunque a todos nos gusta vivir bien y manejar coches último modelo no somos ricos. Somos simples profesores de universidades. Nunca nos codearemos con la gente grande, pero la cosa cambiaría si dispusiéramos de un millón de dólares. La misma Eva, que es de familia de abolengo, sufre porque no puede ser una gran señora del Sur, como por ejemplo lo fue su madre antes de arruinarse. Kent quisiera tener un magnífico laboratorio y no puede. Ese dinero nos vendría bien a todos, no seamos hipócritas. A Lorna le gustaría dar la vuelta al mundo y tampoco puede. En cambio tenemos muy cerca, muerto de risa, un millón de dólares del que ya nadie habla. El asunto se ha olvidado. ¿Le parece extraño el que uno de nosotros quiera eliminar a los demás? Ahí está la razón de todo: un millón de dólares aguarda al que sobreviva.

Todos le miraban con expresión ceñuda, acusadora. Era evidente que a sus compañeros les molestaba que se hablase de aquello. Pero Peter con voz ahogada, todavía continuó:

—Y además voy a hacer una acusación. Yo acuso a Eva Seymour. Estoy seguro de que todo esto lo ha organizado en combinación con ese maldito de Charlie.

Eva estuvo a punto de saltar sobre él. De repente pareció tener la furia y la fuerza de un hombre. Hasta sus dientes produjeron un crujido cuando trató de abofetear a Peter.

—¡Maldito! ¡Condenado cerdo! ¡Estúpido envidioso lleno de rencores!

Lane la detuvo. Como la otra vez la envió al lado opuesto de la habitación, al parecer sin esfuerzo.

Peter se convulsionó.

Con manos trémulas, fuera de sí, señaló a Eva, mientras gritaba:

—¡Estoy diciendo la verdad! ¡Ese chulo de Charlie te exige más y más, continuamente! ¡Necesita trajes nuevos, coches deportivos y no dar golpe! ¡Y tú, con tu sueldo de profesora, no puedes ofrecerle nada de eso! ¡Necesitas el millón! ¡Tienes, que hacerte con él aunque sea matándonos a todos!

Peter estaba convencido de decir la verdad, pero aun así nunca hubiera imaginado que sus palabras fueran un reflejo tan exacto de la situación. Acababa de explicar perfectamente el plan de Eva Seymour y de Charlie, un plan que ambos ya empezaron a trazar meses antes.

Pero él no sabía aún que hubiera dado en la diana de un modo tan

perfecto.

Lane hizo un gesto de incredulidad.

Le parecía que las acusaciones de Peter resolvían el caso de un modo demasiado sencillo. Todo encajaba demasiado bien, todo era demasiado lógico. Por esta vez olvidó que en la vida las cosas más sencillas suelen ser las más verdaderas.

Eva estaba sollozando. Se cubría la cara y su hermoso cuerpo se estremecía convulsamente.

Lane murmuró:

—Me cuesta trabajo creer que una mujer tan hermosa tenga que pagar los caprichos de un hombre. Más bien debería ser al contrario.

—Porque usted no conoce a Charlie —dijo Peter—. Durante toda su vida no ha hecho más que engañar, y en eso es ya un verdadero artista. En cuanto a Eva, ¿cree que es tan lista como parece? No, no lo piense... Hasta ahora se ha dedicado a sus estudios y ha llegado a ser una figura en la medicina. De repente pasa la curva de los treinta años y se da cuenta de que nunca ha sido amada por un hombre. Todas las tonterías que no hizo a los quince las hace ahora. Aunque le parezca mentira, tiene usted delante a una estúpida colegiala en manos de un profesional.

Eva no contestó. Seguía sollozando. En cambio fue Lorna la que, con la mirada nublada, susurró tras contemplar fijamente a Lane:

—Las mujeres que nunca hemos sido amadas cometemos muchas tonterías. Dedicarse solo al estudio es una equivocación. Luego una se da cuenta de que ha errado el camino.

Lane recordó el beso que ella le dio poco antes. Y se dijo a sí mismo que quizá sí, que tal vez Lorna tenía razón. Ella también había tratado de recuperar horas.

Pero decidió no pensar en eso. No pensar más en la boca de la mujer, que era una tentación viva y palpitante.

—¿También tú das la razón a Peter? —dijo mirando a Lorna—. ¿Acusas a Eva?

—No, no la acuso. Pero quisiera que este asunto nos lo dejaras tratar a solas unos minutos. Todos nos conocemos desde hace muchos años y quizá podamos encontrar una solución.

—Es una petición razonable, pero con una condición.

—¿Cuál?

—Nadie debe moverse de aquí. Yo estaré en el despacho.

Dio media vuelta y salió, cerrando la puerta a su espalda.

En el despacho seguía aguardando Bradford. El hombre estaba cada vez más nervioso, aunque se había puesto de espaldas al cadáver del *sheriff*. Lane fue a descolgar el teléfono.

Bradford puso la mano encima de la horquilla, para impedirselo.

—¿Qué va a hacer?

—Voy a llamar por teléfono a la policía del Estado. Creo que Guss hubiera hecho lo mismo. Este es un asunto demasiado condenado para un *sheriff*, y yo ni siquiera soy su ayudante. Cada vez que interrogo a esa gente pienso que no me van a contestar. En cualquier momento me pueden decir: Y usted ¿quién es? No... Definitivamente voy a llamar a la policía del Estado.

El millonario hizo más fuerte la presión de su mano sobre la horquilla.

—No se lo consentiré.

—¿No? ¿Por qué?

—Quiero que este asunto me dé fama a mí y a nadie más que a mí. Al diablo la policía del Estado. Creo que usted puede resolverlo, Lane.

—Y usted convertirse en el hombre más famoso de Gettysburg.

—Eso pretendo —dijo cínicamente el millonario—. Para ir en línea recta hacia la alcaldía de la ciudad, el que he emprendido es un camino excelente.

—¿Y si yo insisto en telefonear?

—Será peor para usted. Diré que se fugó y que le he seguido hasta aquí, lo cual significa que le impondrán dos años más de pena. El *sheriff* Guss ya no podrá nunca acreditar que le dejó salir voluntariamente.

Lane retiró poco a poco la mano que ya estaba cerrada sobre el auricular.

Con voz leve farfulló:

—Veo que usted tiene unas cartas fuertes en la baraja, Bradford. Y que las juega, sin piedad.

—La apuesta es muy importante para mí. Estoy decidido a ganar, amigo.

Lane le miró con desprecio.

Así se llega a ser un hombre importante, ¿no? Y cuando uno es un hombre importante no cuesta nada parecer, además, un "hombre honrado".

—Usted nunca entenderá la vida —dijo Bradford, riendo melifluamente—. Tratará de ser un escritor de esos que dicen la verdad y se morirá de hambre. Hala, váyase al cuerno.

Y encendió un cigarrillo, calmosamente.

Lane se dio cuenta de que tendría que resolver aquel asunto solo, por sus propios medios. Y no era que eso le importara. Simplemente, al llamar a la policía del Estado, había querido seguir la legalidad.

Paseó la mirada en torno suyo, tratando de concentrar sus pensamientos. Y entonces fue cuando se oyó aquel alarido de muerte.

CAPÍTULO XXI

Las cosas habían sucedido con mucha rapidez en la habitación donde estaban reunidos todos. Con una rapidez verdaderamente insospechada.

Eva Seymour y Kent empezaron a insultar a Peter. A llamarle cobarde, traidor y renegado. A decirle que nunca debió haber hablado así ante testigos, y que por su culpa todos irían ahora a la cárcel.

La única que guardaba silencio era Lorna, pero no por eso ayudaba a Peter.

Simplemente le envolvía en una mirada de desprecio.

Peter no pudo soportar aquello por más tiempo.

A pesar de que les habían dicho que nadie saliera de allí, no pudo resistir aquella tensión. Lanzó un gruñido y abrió la puerta. Luego, desde el umbral, escupió ostensiblemente al suelo.

—Allá vosotros —masculló—. Yo he dicho la verdad. ¡Y más os hubiera valido escucharme cuando aún estáis vivos, idiotas!

Salió.

Toda la casa le pareció espantosamente vacía.

Las habitaciones, los pasillos, las escaleras que llegaban a rincones ignorados...

Echó a andar...

No sabía adónde iba. Lo único que necesitaba era respirar un poco de aire puro. Pensó que saliendo al parque delantero de la casa, el cual estaba muy iluminado, no podría ocurrirle nada.

Abrió la puerta exterior.

Había incluso demasiada luz... La claridad irritó sus retinas. Cerró un momento los ojos y dio unos pasos.

No oía más que aquello. Sus propias pisadas.

Por lo demás, todo estaba en silencio.

Fue entonces cuando le pareció ver algo moviéndose en una de las ventanas de la planta baja. Era como una gasa blanca que el viento estuviera a punto de llevarse. Como un pedazo de niebla que hubiera quedado prisionero dentro de aquella habitación. Le pareció que aquello tenía que ser parte de las ropas de una mujer.

¿Eva? ¿Lorna? ¿Habrían salido ellas también? En todo caso, si era Eva él le obligaría a decir toda la verdad.

Estaba demasiado nervioso para seguir aguantando. Quería resolverlo todo de una vez. Entró en la habitación por la ventana.

Pero no vio a nadie. No vio ni siquiera aquel pedazo de gasa o de vestido que le había parecido distinguir a través de los cristales. Su mirada se paseó por la habitación.

Había allí algunos gráficos de sus viejos experimentos. Algunos retratos de Grant. Algunas fotografías puramente científicas —y por eso mismo estremecedoras— de su cuerpo abierto en canal.

Incluso la mentalidad doctoral de Peter no pudo evitar una cierta exclamación de horror.

Pero pensó que no tenía por qué estar allí. Bruscamente un miedo atroz le había acometido. Decidió volver al parque, donde al menos veía bien y podría correr en caso necesario.

Se volvió hacia la ventana. Y en ese momento vio algo distinto, algo que le hizo lanzar un respingo.

Porque la ventana estaba cerrada ahora.

Unos segundos antes estaba abierta. Él había entrado por allí...

Bruscamente se abalanzó hacia la puerta. Trató de ganar la salida fuera como fuera.

Una mano dura, maciza, le detuvo.

Era una mano que parecía haber surgido de las mismísimas tinieblas. En ella aún subsistía la mancha dejada por unas gotitas de sangre. Peter lanzó un agudo, un largo grito de horror.

Fue ese el que escuchó Lane desde el despacho. El que le hizo movilizarse inmediatamente, lanzándose hacia la puerta.

Descendió los peldaños de cinco en cinco.

Pero él tenía un grave inconveniente, y era el no conocer bien la casa. Sabía que el grito había sonado en la planta baja, aunque sin poder determinar la habitación. Abrió frenéticamente dos puertas tras de las cuales no había nada.

Mientras tanto, en una habitación muy cercana, los sucesos se estaban desarrollando con una frenética rapidez.

Peter había intentado liberarse del mortal abrazo. Había tratado de esquivar el cuchillo que ya iba hacia su garganta.

Esta vez fue distinto. La hoja de acero no buscó su corazón. Esta vez trazó un profundo surco, degollando a la víctima. Peter cayó pesadamente a tierra.

Sus facciones tenían un oscuro color a ceniza. Trató de llevarse las manos al cuello, por dónde brotaba a borbotones la sangre.

Una sombra se deslizó por las paredes.

La ventana que acababa de ser cerrada, volvió a abrirse. Una figura se deslizó silenciosamente por ella.

Casi en el mismo momento, la puerta se abrió. Lane entró, y con él entró un rectángulo de luz que iluminó hasta el fondo de la habitación.

Vio que Peter se desangraba. Se acercó a él y le levantó la cabeza, intentando taponarle la herida.

Pero era inútil. La cuchillada había sido certera y mortal. Vio que los ojos desencajados de Peter se clavaban en los suyos. El moribundo trataba de hablar.

Sin duda había visto lo suficiente para desentrañar aquel maldito caso. Estaba haciendo esfuerzos terribles para pronunciar una palabra, un solo nombre.

¡Un solo nombre!

Pero ni eso pudo hacer. De pronto su cabeza cayó a un lado, entre las manos de Lane. Este tuvo que hacer un gesto de desaliento mientras poco a poco depositaba en el suelo al que ya era un cadáver.

Todo había sucedido con una rapidez alucinante.

Le parecía que no habían transcurrido ni cinco minutos desde que él salió de la habitación donde estaban reunidos, dejándolos a todos en ella.

En el rectángulo de luz de la puerta se recortaron otras tres figuras. Eran Lorna, Eva y Kent.

Lane se volvió para mirarlos. Sus ojos estaban entrecerrados y brillaban metálicamente.

—¿Cómo le dejaron salir? —masculló—. ¿Por qué?

—Nos pusimos a insultarle —reconoció Kent—. Comprendo que la situación se hizo insoportable para él.

—¿Por eso se fue?

—Nos escupió desde la puerta. La verdad es que no hicimos ningún esfuerzo para retenerle. Solo el verle ya nos producía náuseas.

—Pues supongo que más náuseas les producirá el verlo así. ¿O tal vez no? ¿Tal vez les parece un hermoso espectáculo?

Eva se llevó una mano a la boca. Parecía a punto de gritar. Lorna tenía los ojos desencajados y daba la sensación de que iba a caer al suelo de un momento a otro.

El más sereno era Kent, que miraba fijamente al muerto.

—Ninguno de nosotros ha podido ser —balbució. Garantizo que ni Lorna ni Eva se han movido de mí lado hasta ahora.

—Supongo que es cierto —dijo Lane—. A menos que se cubran uno al otro.

—¿Usted ha llegado a creer que...?

—Ya no creo nada, amigo. Pero para cazar al asesino loco que anda suelto por la casa, hace falta algo más que los pensamientos. Voy a llamar a la policía del Estado. Aunque a Bradford le sepa a perros, voy a hacerlo.

Descolgó el teléfono, y entonces se dio cuenta de una cosa: no daba

ninguna señal. El hilo solo le enviaba un silencio total e inquietante. Alguien había cortado la línea.

No podía llamar a la policía del Estado. Se hallaban incomunicados totalmente.

Pero no fue eso lo peor. No. Lo peor sucedió unos segundos después. Cuando las luces se apagaron totalmente.

* * *

Una mano había movido el interruptor recién colocado, en la base del poste, y que cortaba totalmente la llegada del fluido a la casa. La oscuridad fue absoluta, brutal. No había ni siquiera luna. Las tinieblas devoraron a todos los que estaban en el edificio como la tumba devora a un cadáver.

Lane oyó gritos ahogados.

Oyó que todos se alejaban de allí. Temían haber caído en una trampa, y en realidad así era. En cualquier rincón, al final de cualquier pasillo la muerte podía estar acechando.

Lane tuvo la sensación de estar solo.

Se movió y tropezó con el cuerpo sin vida de Peter. Sus labios se fruncieron imperceptiblemente. Caminó hacia la puerta, que apenas podía entrever como una leve y difusa mancha de claridad en las tinieblas.

Pronto estas se lo tragaron. Pronto el silencio más total se hizo en la casa.

* * *

Los que la conocían palmo a palmo, como Eva Seymour tenían ventajas en aquellas circunstancias. Para Eva no representó ningún trabajo llegar hasta la habitación donde estaba el teléfono interior. Aguardó unos minutos, expectante, para que el que había apagado la luz tuviera tiempo de volver a la casa.

Disco un número de una sola cifra.

El tlac, tlac monótono sonó arriba, en las buhardillas de la casa, donde antaño estuvieran las habitaciones de la servidumbre.

Una mano pesada y maciza descolgó el teléfono lentamente.

CAPÍTULO XXII

La voz de Eva susurró:

—Charlie...

—Sí.

—Comprendo que es una imprudencia llamarte. Antes he estado a punto de echarlo todo a rodar, Charlie. Me han sorprendido... Pero necesito decirte algo. No podemos seguir así...

La voz lejana, monótona, que parecía atravesar muros de tinieblas para llegar hasta allí, preguntó sencillamente:

—¿Por qué?

—¿Es que no te das cuenta? Te dije que cometieras en principio un solo crimen inexplicable, sin sentido, para que la gente creyese que era Grant el que lo había hecho. Luego serían eliminados los demás y nos quedaríamos con el dinero, con el millón de dólares... Pero el crimen fue demasiado horrible. Quería decírtelo antes, cuando me sorprendieron. No quería que matases a una niña...

Del otro lado del hilo no llegó ningún comentario. Solo el más absoluto silencio.

—Charlie...

—¿Qué?

—Lo del *sheriff*, en cambio, fue más lógico. Con eso bastaba para que hubiera ya de entrada un crimen inexplicable.

—Sí.

Eva Seymour suspiró, desalentada.

—Bien... Lo terrible es que ya está hecho. Ni tú ni yo podemos volvernos atrás. Pero hay un peligro.

—¿Cuál?

—Peter adivinó la verdad.

—Está muerto.

—Te oigo muy mal ¡Charlie! ¡Parece como si no hablaras!

—Digo que está muerto.

—Es que este cacharro debe estar estropeado. ¡Tanto tiempo sin funcionar! Ya sé que está muerto... Acabo de ver su cadáver. Pero antes habló con los demás. Habló, sobre todo con un maldito individuo llamado Lane que no sé si es policía o no lo es, pero que me parece enormemente peligroso.

—¿Y qué?

—Digamos que lo nuestro ya no es un secreto. El plan que habíamos trazado hay que modificarlo ligeramente. Creo que hemos de darnos más prisa, Charlie.

—Bien.

—¿No sabes contestar de otra manera?

Solo el silencio la respondió. Eva Seymour suspiró desalentada.

—Claro... Reconozco que soy una estúpida. Antes he estado a punto de echarlo todo a rodar por hablar demasiado. Y ahora hablo y hablo como una tonta... Tienes razón al contestar con monosílabos, Charlie. De ese modo, si alguien te oye, no te comprometes.

El silencio siguió siendo la única respuesta.

Eva continuó:

—Pero hemos de darnos prisa. No hace falta eliminar a los otros, a Lorna y a Kent, porque sería peor. Ahora corremos demasiados riesgos. Si tú no llegas a cortar la línea telefónica general, ahora estaría avisada la policía del Estado. Lo que hemos de hacer es sencillo, Charlie: Tomemos el millón y escapemos...

—¿Cómo?

Eva miró en torno suyo.

No veía nada, pero intuía algunas cosas entre las tinieblas. Por ejemplo la claridad difusa de la puerta.

Tenía la sensación de que alguien se había acercado allí.

—Charlie...

—Sí.

—Voy a dónde estás tú. No te muevas. En la oscuridad puedo orientarme por la casa mejor que nadie, de modo que tengo ventaja. Estaré ahí dentro de unos minutos.

—Bien.

Se oyó un chasquido. La comunicación había sido cortada.

Eva colgó también y volvió a mirar aprensivamente en torno suyo.

La sensación de que alguien andaba cerca se iba haciendo más y más intensa.

Pero necesitaba seguir el plan trazado. Salió de la habitación y se dirigió hacia las escaleras que llevaban a los pisos superiores, a las buhardillas.

No había empezado a subir el primer peldaño cuando algo cayó sobre ella. Algo que era como una pequeña zarpa.

CAPÍTULO XXIII

Eva Seymour se estremeció. Estuvo a punto de lanzar un grito.

Pero por la voz se dio cuenta de quién era. Reconoció al instante la voz de Kent.

—Eva...

—¿Qué quieres tú?

—Quiero saber adónde vas.

—¿Y a ti qué te importa?

La voz de Kent se hizo dura, agresiva:

—No pienses que soy tonto. Lo que ha dicho antes Peter me ha parecido la mar de razonable. Tú estás de acuerdo con ese cerdo de Charlie. Estás de acuerdo con él para liquidarnos a todos.

Eva se estremeció.

—Te has vuelto loco...

—No, no me he vuelto loco... Todo lo contrario. Lo que ocurre es que ahora veo las cosas con claridad... a pesar de las tinieblas. Siento no verte la cara, muñeca... Pero estoy seguro de que lamentas que yo no haya muerto también... De acuerdo, te acompañaré. Ese maldito de Charlie no aguanta media bofetada. Te aseguro que si está en la casa va a pasarlo mal. Vamos, muñeca.

Eva volvió a estremecerse.

Era cierto que Charlie no tenía demasiada fuerza. Si le atacaban de frente no sabría defenderse. Por eso trató de desorientar a Kent.

—Iba al despacho.

—No, muñeca. Tú ibas a subir esas escaleras. De modo que menos cuento. Voy contigo.

—Te advierto que...

—¡He dicho que voy contigo!

Eva se resignó. Pensó que ya encontraría el modo de resolver aquello.

Subieron ambos, a través de las tinieblas, sin que la mano de Kent la soltara.

Llegaron al piso superior, donde estaban las buhardillas. Allí la oscuridad parecía aún más espesa y más impenetrable. No se oía más ruido que el de sus propios pasos. Kent se detuvo ante una de las puertas. El cuerpo de Eva se tensó.

—¿Qué te pasa?

—Yo diría que ahí dentro hay alguien.

—Te equivocas...

Pero no. Eva Seymour sabía que Kent no se equivocaba. Aquella era justamente la buhardilla en que estaba el teléfono interior. Charlie estaba allí; no había duda alguna.

—Yo creo que estás imaginando demasiadas cosas —balbució—. Yo ni siquiera venía aquí. No hay nadie, te lo prometo...

—En esa buhardilla, sí.

—¿Qué te hace pensarlo?

—Acabo de oír un roce. El roce que alguien haría al moverse. Charlie está ahí. ¡Vamos, maldita zorra! ¡Ahora quiero saber si tu protegido es capaz de resistir un par de puñetazos! ¡Adentro!

Penetraron los dos en aquel cuarto que resultaba bastante grande y que tenía una ventana inclinada, ocupando parte del techo. Por esa ventana penetraba una claridad muy leve, pero suficiente para distinguir los objetos. Ello les permitió ver unos viejos muebles de formas confusas y retorcidas. Unas cortinas. Y una zona indeterminada donde las formas se hacían más espesas, más siniestras.

Kent miró hacia allí.

Sus ojos iban habituándose a la oscuridad. Podía distinguir los relieves cada vez mejor. Y le pareció notar que entre esa zona oscura y las cortinas algo se movía.

Apretó los puños.

Kent era fuerte; se tenía, desde luego, por mucho más fuerte que Charlie, el cual nunca había pasado de ser un muñeco bonito. Avanzó hacia allí mientras lanzaba una maldición. —Yo le demostraré a ese chulo lo que hace falta para ser un hombre.

Disparó su puño derecho.

Pero su sorpresa no tuvo límites al tropezar con un cuerpo recio, duro, incommovible. El cuerpo de un verdadero gigante.

Kent lanzó un gruñido.

Y de pronto vio aquello, vio confusamente la hoja de acero que avanzaba hacia él.

Intentó apartarse mientras lanzaba un sordo grito. En sus facciones se dibujó una mueca de horror que la oscuridad impidió ver.

Aquella hoja de acero penetró en línea recta hasta su corazón. Todo el cuerpo de Kent sufrió un brutal estremecimiento.

La puñalada había sido certera. El miedo a la muerte se dibujó en el rostro de Kent, pero aún hubo algo peor; un asombro que lo dejaba sin fuerzas, un asombro que era más fuerte que su instinto para escapar. Porque la escasa distancia a que se hallaba de su verdugo le había permitido reconocerle. Y porque acababa de darse cuenta de que el que le

estaba matando era... era...

Se derrumbó hacia atrás.

La segunda cuchillada había sido más eficaz y brutal aún que la primera. El corazón de Kent estaba prácticamente partido en dos.

Eva Seymour lo había visto todo confusamente. Es decir, había visto la muerte y la caída de Kent. Nada más. La figura de su verdugo aún quedaba para ella totalmente hundida en las tinieblas.

Ella se acercó.

Su corazón palpitaba alocadamente. Estaban ya a un paso del final. Muerto Kent, solo quedaba viva Lorna, y Lorna no representaba ningún peligro. Aunque sospechara que se habían llevado entre ambos el millón, jamás les perseguiría.

—Charlie... —musitó—. Tienes más fuerza de la que creía. Eres... eres...

Oyó entonces un chasquido frente a ella.

El que producirían unas anillas al pasar bruscamente sobre un tubo de metal. Las cortinillas que había en aquel lugar se descorrieron de repente.

Y le vio.

Vio aquellos ojos fijos, quietos, diabólicamente intensos.

Vio el pecho enorme, gigantesco.

Los brazos largos, parecidos a los de un gorila.

Y la frente estrecha, hundida, reflejando la escasa inteligencia de un criminal nato.

Fue entonces cuando se heló la sangre en las venas de Eva Seymour. Fue entonces cuando se dispuso a lanzar un lacerante grito de horror en el que parecieron ir a romperse todas las fibras de su garganta.

Pero, ni eso pudo.

Bruscamente, las manos enormes cayeron sobre ella. Aquellas manos en las que aún había manchas de sangre.

Unas manos que ella conocía bien, porque había ayudado a devolverles la vida. Las del propio Grant.

CAPÍTULO XXIV

El clima de insoportable horror que se había formado en aquella habitación, no trascendió al exterior. Uno podía estar junto a la puerta y no darse cuenta de nada. Porque Eva tenía la garganta paralizada, porque no había sido capaz de lanzar ni un solo grito.

Grant farfulló:

—Estúpida... Conque queríais enterrarme vivo, ¿eh? Ibais a condenarme a la peor muerte que podíais imaginar... Pero no os disteis cuenta de que aún conservaba toda mi fuerza y de que no habíais tapiado bien la pared... Al cabo de dos días, conseguí salir... Lo destrocé todo con mis puños...

Eva, desencajada, sintiéndose perdida entre aquellas manos inmensas, solo pudo balbucir:

—No...

—Me quedé en la casa... —siguió diciendo Grant con voz chirriante—. ¿Adónde hubiera podido irme? Me quedé aquí porque al menos estaba seguro. Vivía de lo que podía... De frutas del jardín, de pequeños robos, de lo que había en el almacén y en la despensa de la casa... Mi odio iba creciendo y creciendo. Sabía que ibais a volver... Sabía que un día podría vengarme...

Eva cayó de rodillas, siempre sujeta por aquellas manos. Quiso hablar y no pudo. Solo al cabo de unos instantes, haciendo un terrible esfuerzo, balbució:

—No debes matarme, Grant... No, tú no... Somos amigos... Te daré dinero, mucho dinero... Te ayudaré a huir.

Pero el cerebro de Grant no era de los que admiten dos pensamientos a la vez. Estaba dominado por una idea fija. Aquella idea que había ido rumiando y rumiando durante su terrible soledad en la casa.

—Un día llegó un petimetre —balbució—. Traía un coche elegante y vestía como un chico bien. Tropezamos casi por casualidad... Lo maté y lo emparedé en el sitio donde había estado yo. Fue divertido. Fue un bonito comienzo de mí venganza...

Eva Seymour sintió que el horror llegaba hasta el fondo de sus células. A partir de ese momento, ya no fue capaz de defenderse ni de hablar. Ya no fue capaz ni de pensar siquiera.

Grant continuó:

—Por sus documentos supe que se llamaba Charlie. Tenía una libreta con notas indicando unas fechas y una especie de plan de acción. Eso me convenció de que no ibais a tardar en venir y por eso no me moví tampoco entonces, a pesar de que Charlie llevaba dinero, y con él hubiera podido salir de aquí —rio metálicamente—. En un plano de la casa se indicaba esta habitación, este teléfono... Procuré no apartarme demasiado de aquí. Esta noche han venido unos imbéciles y han empezado a cambiar la tapicería de algunos lugares. De pronto toda la casa se ha llenado de luz. Yo he lanzado un grito... Después de tanto tiempo de vivir en la oscuridad en cuanto se hacía de noche, parecía como si los ojos me quemaran. Luego ha pasado aquella niña disfrazada de muñeca. Las muñecas me gustan, me gustan mucho... Pero esa ha durado tan poco... Se ha roto entre mis manos apenas tocarla. Y el *sheriff*... Y los demás... Apenas nadie se ha dado cuenta de que moría. Tú también durarás muy poco, preciosa. Tú también...

Toda la garganta de Eva se crispó, todo su cuerpo se tensó como un arco. Y ahora sí que un grito lacerante, horrible, de incontenible dolor, brotó de su garganta.

Las manos se cerraron implacables sobre su cuello.

Intentó defenderse, intentó luchar. Todas sus energías de animal joven, de hembra en lo mejor de su vida, se dispararon en un momento.

Pero fue inútil. Aquellas manos implacables eran demasiado fuertes para ella. Todo su cuerpo se relajó, se hundió. Y Grant seguía apretando, apretando...

Cuando el monstruo la soltó, en el cuerpo de Eva Seymour no quedaba el menor pálpito de vida.

Sus ojos estaban desencajados. Su rostro reflejaba los últimos y horribles segundos, mientras llegaba la muerte.

Pero alguien más había oído aquel grito.

Alguien que en ese momento ya penetraba en el pasillo de las buhardillas, corriendo como un loco.

Y ante la puerta donde había ocurrido todo, los puños de Lane crujieron en la oscuridad, mientras se detenía.

* * *

Aquella especie de ronquido furioso surgiendo desde las tinieblas, le había puesto en estado de alerta. Se dio cuenta de que el grito había surgido de allí. De que el verdadero enemigo estaba moviéndose entre aquellas sombras.

Avanzó hacia ellas. Dejó que su silueta se recortara unos momentos en el umbral de la puerta.

Grant lo vio. Por el hecho de que Grant estaba habituado a vivir en aquella casa completamente a oscuras, contaba con todas las ventajas.

Saltó hacia él. Sus enormes manos buscaron implacablemente el cuello de Lane.

Pero si creía que iba a ser un enemigo como los otros, se llevó una buena sorpresa. Porque Lane movió a tiempo las rodillas, en un ágil salto, clavándolas en su estómago. Grant se estremeció, mientras una oleada de dolor le recorría todo el cuerpo.

Soltó a Lane. Este disparó sus dos puños con una rapidez meteórica, con una precisión implacable.

Se oyó un doble chasquido. Los dos impactos fueron fulminantes, de esos que dejan a un hombre K.O. Pero Grant resistió, por la sencilla razón de que él, en cierto modo, no era un hombre. Vaciló, mientras se tambaleaba, retrocediendo, y al fin su cuerpo chocó con la pared del otro lado de la pieza.

Una nube de sangre pasó por sus ojos.

Intentó cazar a su enemigo con los puños, sabiendo que estos eran de un tamaño y de una potencia realmente fulminantes. Pero su cerebro era más lento y tenía unos reflejos más adormilados que los de un hombre normal. La velocidad de aquellos brazos al atacar fue casi nula. Lane había tenido tiempo, en aquellos momentos decisivos, de propinarle una verdadera serie.

Y se la propinó.

¡Vaya si se la propinó!

Fueron seis golpes salvajes, brutales, en los que acumuló todo su odio por la muerte del *sheriff* Guss y hasta por la muerte de Eva, con cuyo cuerpo acaba a de tropezar.

Cualquier árbitro habría parado un combate después de aquellos seis golpes, pensando que el que acababa de recibirlos ya no estaba en situación de defenderse. Y desde luego no le hubiera faltado la razón... Pero Grant, que también se daba cuenta de eso, optó por la huida. Logró propinar un rodillazo a Lane, haciéndole vacilar. Ese momento lo aprovechó para romper los cristales de la ventana y salir por ella, con una insospechada agilidad.

Lane lo siguió.

Estaba dispuesto a acabar con él como fuese. Estaba dispuesto, no a detenerlo, sino a matar. Sus brazos ágiles y fuertes le sirvieron de palanca. Un momento después, estaba también él en el resbaladizo tejado de pizarra.

Pero Grant le aguardaba ya.

Las ventajas estaban de su parte.

Consiguió alcanzar a Lane con un terrible mazazo al plexo solar,

haciéndole vacilar.

Luego le empujó con todas sus fuerzas.

Lane sintió que resbalaba. Unos segundos después, sus pies tocaron el vacío.

Estaba a una altura de tres pisos, y abajo las losas eran de piedra. Su cuerpo se desharía si llegaba a caer desde aquella altura.

Sus dedos alcanzaron el borde del tejado en el último segundo. Se sujetaron febrilmente a él.

Grant avanzó para patearlo.

Parecía una torre que de pronto se hubiera puesto en movimiento. Alzó uno de sus pies y lo aplastó dos veces contra los dedos de Lane.

Este sintió un insoportable dolor. Estuvo a punto de ceder. Solo el mirar hacia abajo y darse cuenta de que aquello era la muerte, le proporcionó nuevas fuerzas.

Brincó hacia un lado cuando Grant se aprestaba a castigarle los dedos otra vez. Quedó de lado sobre las losas de pizarra, tendido en ellas, a punto de resbalar. Grant resbaló también, porque la mano ya no estaba donde había estado unos segundos antes.

Quedó sentado en el tejado. Lanzó un gruñido mientras sus manos buscaban a Lane.

Este había recobrado ya la ventaja otra vez. De rodillas sobre las losas, disparó sus puños frenéticamente.

Grant recibió los impactos de lleno. Sus ojos se volvieron blancos. Tuyo que apoyar las manos sobre las losas para no caer.

Y entonces Lane se lanzó de cabeza. Se lanzó de lleno.

El corpachón de Grant recibió el terrible choque y resbaló de costado. Intentó desesperadamente sujetarse al borde de las losas, al darse cuenta de que se iba hacia abajo.

Ya no pudo.

Su gigantesco cuerpo resbaló mientras se oía un grito sordo, angustioso, donde la desesperación se mezclaba al horror...

El último grito.

Grant chocó contra las losas de piedra y su cuerpo quedó espantosamente inmóvil, descansando sobre el pequeño lago que formaba su propia sangre.

CAPÍTULO XXV

Lane movió el conmutador y la casa volvió a iluminarse como una luciérnaga en la noche.

Todas las habitaciones —o casi todas—relucían. Parecía como si la casa fuera a recuperar su gran categoría y su viejo esplendor. Pero Lane sabía que no era así. Sabía que aquello era simplemente como una tumba que iluminan para una ceremonia.

Dos siluetas avanzaron hacia él. Una de aquellas siluetas era rechoncha, maciza y dura. La otra era grácil y bien proporcionada. Bueno... Maciza también, porque Lorna tenía la carne dura y firme como la superficie la de una estatua.

Bradford masculló:

—¿Es que intentaba huir, Lane?

—No. Solo quería volver a iluminar la casa.

—Con cuentos a mí, ¿eh?

—Oiga, Bradford... ¿Es que usted no se ha fiado jamás de nadie?

—Ni de mí sombra. Estoy seguro de que usted quería huir. Lo que pasa es que yo soy más listo y he salido a perseguirle a tiempo.

Lane contempló a aquel hombre, que ya se había convertido en su pesadilla, con una sonrisa de terrible cansancio.

—Señor Bradford —suspiró—, ¿cree que si intentara huir empezaría encendiendo poco menos que todas las luces de la comarca?

—Es una bonita explicación, pero no me fío. Por añadidura, abajo hay un cadáver. Se ha hecho picadillo al estrellarse desde el tejado. ¿Quién es?

—Aunque le parezca mentira, es el asesino que hemos estado buscando.

Bradford rechinó los dientes y miró a Lorna, que estaba en pie junto a él.

—Sí, ¿eh? ¿Usted cree ese cuento chino, señorita? —de pronto la miró mejor y palideció—. Pero, ¿qué le pasa?

En efecto, algo le ocurría a Lorna. Se notaba que estaba a punto de caer. Sus hermosas facciones brillaban a causa del sudor helado que había en ellas.

—Oiga, ¿qué le pasa? —insistió el millonario.

—Solo una cosa: que nunca creí llegar a ver lo que he visto. Ese

hombre era realmente... él... era Grant... El asesino.

Apenas podía hablar. Lane necesitó, sostenerla para que no cayese a tierra.

Y ella se dejó sostener. Se dejó sostener del todo...

Nunca Lane había tenido en sus brazos una carga tan dulce, tan deseable. Pero, ¿de qué servía pensar eso? Él iba a volver a la celda de nuevo y además no estaba seguro de salir en la fecha prevista. No en vano el aspirante a alcalde de Gettysburg seguía apuntándolo con su revólver.

Bradford les miraba asombrado a los dos.

—Oiga, señorita... ¿Ha dicho que ese tipo que hay sobre las losas era el asesino?

—Sí, eso he dicho.

—Si no me lo explica mejor, no lo entenderé.

Lorna parpadeó, mientras trataba de rehacerse. Pero de todos modos no se separó de Lane.

—Usted ha estado ausente de las cosas que han ocurrido últimamente —dijo—. Desde el despacho, de poco ha podido enterarse. Pero ese hombre se llamaba Grant. Quizá conviene que le explique su historia.

Bradford accedió.

—Cierto... Si he de explicar que todo lo he resuelto yo, necesito saberlo...

Lorna lo detalló todo con palabras claras y precisas. Habló de su experimento. Del macabro resultado que obtuvo. De cómo Eva los citó allí para tomar una decisión conjunta, pero en realidad deseando poder eliminarlos uno a uno.

Sus explicaciones eran concretas, concisas. Bradford iba palideciendo mientras escuchaba todo aquello. Respiraba con dificultad. La papada de su cuello —y de la que se sentía orgulloso porque le daba aspecto de hombre importante— se iba hinchando más y más.

Al final lo único que pudo susurrar fue:

—¡Di... diablos!

—Le juro que todo lo que le acabo de decir es cierto —balbució Lorna.

—Y yo la creo... Pero la cosa quedará mucho más limpia cuando me diga dónde está el millón de dólares.

—No lejos de aquí. En el mismo parque de la casa, que ahora se halla tan incultivado y abandonado. En él hay un único eucalipto, y ese eucalipto tiene dibujado un gran corazón en el tronco, como si un enamorado se hubiera entretenido allí, grabándolo con su navaja. Pues bien, al pie de ese corazón se halla una caja metálica dónde está el dinero. En cualquier momento, con la policía del Estado, puede venir a desenterrarla.

—¿Y usted? ¿Es que no piensa estar presente?

—Yo me habré ido. Tendrán mi dirección, si es preciso, porque soy muy conocida. Podrán citarme para las declaraciones oficiales, pero, mientras, quiero aprovechar el tiempo.

Y miró significativamente a Lane.

—Cuando una mujer ha estudiado demasiado, tiene que recuperar —musitó con voz pastosa.

Lane la miró a ella. Y luego miró el negro ojo del revólver que esgrimía Bradford.

—Me temo que el viaje vas a tener que hacerlo sola, Lorna —murmuró—. A mí también me gustaría repetir una cosa que hicimos tú y yo, pero lo que a mí me guste no tiene ya importancia. Antes he de hacer otras cosas bastante menos agradables.

—¿Por ejemplo...?

—Por ejemplo, volver a visitar la cárcel local. Yo tenía un asuntillo pendiente con el *sheriff* Guss. Y me temo que ahora lo tenga con este caballero, aspirante a la alcaldía de Gettysburg.

Lorna miró a Bradford sin comprender. Y sus pulposos labios se entreabrieron para susurrar:

—¿Es que usted tiene un interés especial en llevarse preso a este hombre? ¡Nos ha salvado a todos!

—¡Ejem! Verá... De ello depende en gran parte mi próximo nombramiento como alcalde de Gettysburg.

Lane se separó un poco de la mujer. Le pareció como si la arrancara de sí mismo. Con una sonrisa que quería ser animosa, murmuró:

—Esto no durará siempre, Lorna. Me faltaba tan poco que ya no vale la pena ni de pensar en ello. Iré donde estés tú. Volveré antes de lo que supones.

Ella le miró intensamente.

Sus ojos estaban nublados. Sus labios temblaban a muy poca distancia de los de Lane.

Este no quería pensar en ello, pero no tenía más remedio. Cualquiera lo hubiese pensado.

Se encontraron los dos besándose.

Bradford los miró con los ojos entrecerrados. La papada le temblaba cada vez más. Y se dijo que a él, con todo su dinero, jamás le habían besado así.

Se pasó una mano por la boca. Y de pronto gruñó:

—Joven...

Lane le miró, dejando de practicar la importantísima operación a que se estaba dedicando en aquel momento.

—¿Qué hay?

—Ejem... Yo estaba pensando que... en fin... tal vez...

—¿Qué, señor Bradford?

—Bueno... Tal vez lo de explicar a mis vecinos lo de los crímenes y pasarles por las narices el millón de dólares ya me dé suficiente importancia. No hace falta que encima lo meta entre rejas a usted... Diré que Guss le liberó. Eso, eso. Por buena conducta. Que le abrió la puerta de la jaula. Y el pobre Guss no podrá desmentírmelo, claro.

Guardó el revólver y añadió, mientras miraba con envidia la boca de Lorna:

—Hay cosas en este mundo por las que vale la pena correr, se lo aseguro —murmuró—. De modo que ustedes corran... Todo el tiempo que aprovechen valdrá la pena. Total, no es tan tarde... Las once y media...

—Pero, señor Bradford... ¿qué ha hecho usted?

—Dejarlo libre. ¿Es tan raro?

—No, no... Me refiero a lo otro.

—¿A qué?

—¡Ha estado gastando su reloj!

Bradford tuvo un respingo, acarició la esfera, dio media vuelta y gruñó:

—Cierto. Ahora me doy cuenta de que es la primera vez en mi vida que doy la hora...

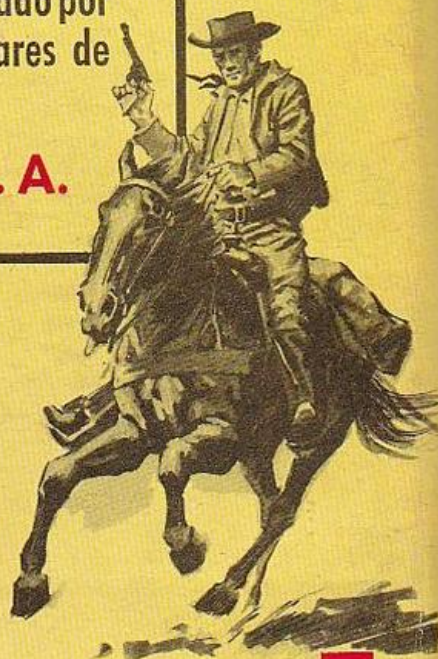
Y se alejó dando saltitos en dirección a Gettysburg.

FIN

6.000 NOVELAS DEL OESTE,
MILLONES DE LECTORES
DE LENGUA HISPANA,
MÚLTIPLES TRADUCCIONES
Y VARIAS ADAPTACIONES
CINEMATOGRAFICAS...

son claro exponente del éxito
sin precedentes alcanzado por
las colecciones populares de

**EDITORIAL
BRUGUERA, S. A.**



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA: 12 PTAS.

